

SALOMON H. LADOWSKI

Corría el mes de septiembre de 1941, cuando una medianoche la policía judía del gueto de Tarnopol me sacó de la cama y me condujo al cuartel policial judío. Había ya allí cerca de treinta personas y hasta el amanecer habían reunido cerca de sesenta, la mayor parte refugiados. A las 7 de la mañana fuimos conducidos por los miembros de la SS a las oficinas de la Gestapo. Antes de ser trasladados cada uno de nosotros recibió una taza de café. Ya en la Gestapo se nos ordenó sentarnos en el suelo bajo la custodia de varios policías ucranianos. A las 10 de la mañana se hicieron presentes dos miembros del consejo judío en compañía del comandante de la policía judía y de dos guardias. Luego concurrió el jefe de la Gestapo, el teniente Miller de la SS. Fue saludado por el comandante de la policía judía y por los consejeros y de inmediato mantuvieron un conciliábulo, tras el cual se dirigieron a donde nosotros estábamos, nos ordenaron ponernos de pie y nos explicaron que seríamos trasladados a un lugar cercano a Tarnopol, donde deberíamos trabajar durante un mes. Nos darían buena alimentación y también se nos pagaría por nuestro trabajo. Transcurrido el mes seríamos reemplazados por otro contingente y puestos en libertad.

Algunos de los nuestros manifestaron no tener ropa y otros mencionaron carecer de efectos personales, utensillos de limpieza y otros elementos necesarios para higienizarse. Se nos contestó que todo ello nos iba a ser provisto y que por el momento habrían de darnos de almorzar, tras lo cual se retiraron.

A las 12 dos policías judíos trajeron una olla con comida. Nosotros carecíamos de cubiertos y nos dieron algunas fuentecillas y platos de hojalata y una cuchara para cada uno junto con medio pan. Aguardamos a que comieran los primeros, luego lo hicimos nosotros y después lo hicieron los restantes. En el interín los consejeros judíos realizaron negociaciones con el jefe de la Gestapo y como resultado de ellas reemplazaron a tres miembros del grupo por otros tres.

A las 2 de la tarde nos hicieron formar. Los policías judíos trajeron para nosotros dos medias bolsas con manzanas y fuimos conducidos hacia la estación ferroviaria de Tarnopol bajo la vigilancia de guardias ucranianos, en número de ocho, de tres miembros de la SS y un teniente también perteneciente a la SS. Durante el trayecto nos apuraban y pegaban. Nos íbamos turnando para cargar las bolsas y así llegamos a la estación.

En la estación ya se encontraban dispuestos dos vagones: uno de pasajeros y uno de carga. Los miembros de la SS junto con los guardias ucranianos y sus equipajes, que nosotros habíamos tenido que llevar desde la oficina hasta allí, se instalaron en el vagón de pasajeros y a nosotros nos introdujeron en el de carga. Nos sentamos prácticamente encimados y un miembro de la SS con dos guardias ucranianos se hicieron cargo de la vigilancia de las puertas. De esa manera partimos de Tarnopol.

El miembro de la SS nos obligó a cantar durante todo el trayecto. A pesar de nuestro estado de ánimo y de la incertidumbre que nos embargaba en cuanto a nuestro destino, tuvimos que ceder a sus amenazas y cantar durante las dos horas que duró el viaje. Finalmente arribamos a la estación Begdanawka, en donde nos hicieron descender, formar filas, cargar nuevamente con los equipajes de los guardias y los sacos con las manzanas para marchar así durante tres kilómetros hasta llegar a la aldea Kamionky. Allí llevamos los equipajes a las moradas que los guardias tenían ya preparadas y nosotros fuimos luego conducidos al campamento que se encontraba a unos 500 metros sobre la ladera de la montaña.

Hasta 1941 Kamionky fue un campo en el que los rusos recluían a los prisioneros de guerra polacos que tomaran desde 1939. El lugar se encontraba sobre la ladera de un monte rodeado por una doble hilera de alambre de púa. La entrada principal se encontraba a unos 100 metros de la carretera que iba de Tarnopol a Podwolotchisk. Esta entrada era ancha y también había una segunda entrada, más angosta, que daba al pueblo cercano y al que se hallaba unida por un estrecho sendero. Había también un tercer portón que daba a la campiña. Este era el portón de salida ya que en el descampado se excavaban fosos y allí eran fusilados los judíos.

Antes de ingresarnos al campo fuimos minuciosamente revisados y despojados de todo cuanto llevábamos. Entramos al campo ya al anochecer y nos introdujeron en una barraca de madera en la que había cuquetas superpuestas de a tres. Nos dejamos caer en las cuquetas y mientras estábamos así acostados en la oscuridad intercambiábamos opiniones y nos contábamos nuestras cuitas. Ya bien entrada la noche la barraca fue iluminada con lámparas eléctricas y los guardias ucranianos nos hicieron saber a gritos lo que serían capaces de hacer con nosotros si no nos callábamos de inmediato. Esa fue nuestra primera noche en el campo de concentración de Kamionky.

Me desperté a la madrugada y bajé de la cuqueta. Aún no había aclarado. Los huesos me dolían y comencé a ver dónde me encontraba. Advierto en la barraca dos pequeñas ventanas que dan hacia la entrada secundaria del campo. Al costado de la entrada y pegada a los alambrados se encontraba la caseta de guardia. Un ucraniano con el fusil al hombro se paseaba constantemente por ella de un extremo a otro. A la izquierda de la barraca y a unos 100 metros se encontraba la letrina: tabique de manera con 10 agujeros en cada lado. Un poco más cerca se levantaba la cocina y tras ella, el depósito.

Eran ya las siete cuando entraron a la barraca los hombres de la SS. Uno de ellos se llamaba Tamanek, jefe del campo de Tchartkow. El segundo guardia usaba lentes y tenía una expresión asesina. Despertaron a los cuatro guardianes ucranianos y nos ordenaron formar en dos filas y esperar. Arribó luego el teniente de la SS cuyo nombre era Reibl, quien tras saludarse con sus subordinados se acercó a nosotros y preguntó quién hablaba bien alemán. Varios de entre nosotros se adelantaron y a un judío alemán de nombre Koltz el teniente lo designó de inmediato como comandante del campo y a otro pequeño, delgado, de anteojos y de nombre Koenigsberg lo puso a cargo del depósito. A un tal Groskop lo nombró escribiente en la oficina y a otro llamado Hirschfeld lo envió a la cocina.

Los guardias luego eligieron a siete hombres y partieron con ellos en un camión para traer paja. Otro de los guardias se dirigió con cuatro hombres hacia los arbustos para arrancar ramas que hicieran las veces de escobas. A los restantes, el recién designado comandante del campo Koltz procedió a tomarles el nombre, la profesión y el lugar del que eran oriundos.

En el campo de concentración no había agua. Nos proveyeron de seis cubos y tres hombres se dedicaron a acarrear agua desde un pozo que se encontraba a unos 200 metros del campo. El agua así traída era vertida en grandes barriles.

Cuando regresaron los hombres que habían ido a recoger ramas procedimos a barrer y asear el campo. Cerca del medio día volvieron los que habían ido a buscar paja, la que fue repartida en las tres barracas que comprendían el campo.

Entre las barracas se alzaba una construcción de madera que constaba de dos habitaciones, una puerta y una ventana provista de vidrios. Una de las habitaciones la ocupaba el comandante del campo. Había en ella dos camastros hechos de madera, una mesa y dos banquetas.

La segunda habitación oficiaba de enfermería y en ella había tres camastros, una mesa y dos banquetas.

Al volver con la paja, también habían traído cinco panes y varios kilos de papas, los que fueron entregados al jefe del depósito. Éste a su vez, se los entregó al cocinero quien con la ayuda de dos hombres se dedicó a preparar el almuerzo. A las tres de la tarde la comida estaba lista, nos proveyeron de platos y tazas de hojalata y tras formar fila cada uno de nosotros recibió un pedazo de pan y un poco de agua caliente.

Por la tarde, alrededor de las cinco, el camión volvió trayendo unos cincuenta panes, bolsas de papas y varias bolsas de papel conteniendo así chicoria. Al anochecer le dieron a cada uno un poco de agua para que se higienizaran y nos encerraron en las barracas donde dormimos entre la paja hasta la mañana siguiente.

A las seis nos despiertan. En la cocina ya está preparado el café –chicoria amarga- que bebemos rápidamente ya que se necesitan las tazas. Volvemos a formar fila y designan a los que deben acarrear agua, a quienes han de ocuparse del barrido y a quienes deben ordenar las barracas y el campamento.

Un grupo de cien judíos provenientes de Podwolotchisk arribó al campo a las diez de la mañana. Los miembros de la SS les retiraron el dinero, las joyas y relojes que se recolectaron en una canasta. Por la tarde llegó otro contingente de cien personas provenientes de la provincia de Tchartkow.

Al anochecer subió al campo el jefe, teniente Reibl, acompañado por cinco miembros de la SS, 20 guardias ucranianos y el comandante de éstos, un fornido hombre de unos 50 años, de largos bigotes y que respondía al nombre de Karol. Con ellos vino también un pequeño alemán que representaba unos 60 años, enjuto y esmirriado vestido con unos cortos pantalones que se abotonaban bajo la rodilla, una breve casaca y tocado con un sombrero gris ornado con una pluma. Era el propietario de una firma pavimentadora y nos observó a todos detenidamente mientras conversaba con el teniente y

con Koltz, el comandante del campo quien también estaba presente. Cuando se retiraron nos enviaron a nuestras respectivas barracas. Por la noche cada uno de nosotros recibió una hogaza de pan y un poco de sopa y así transcurrió otro día de nuestra vida en el campo.

Al día siguiente nos hicieron formar y designaron un par de trabajadores por cada veinte hombres. Los guardias ucranianos nos condujeron unos 5 kilómetros por la carretera que iba a Podwolotchisk. Allí, a la vera del camino, se habían acumulado grandes piedras que nosotros debíamos transformar en canto rodado. Debíamos cumplir con una norma de trabajo. Quien no llegaba a cumplir con ella era anotado por el guardia ucraniano y amén de recibir golpes, se le privaba de la ración de pan.

De esta manera picábamos piedras desde la mañana hasta el anochecer, cuando retornábamos al campo cansados, molidos y maltrechos, y ni que decir, hambrientos. Ahí debíamos empujarnos para recibir nuestro pedazo de pan y el poco de sopa. No había ni que pensar en obtener un poco de agua ya que nunca había agua allí. Esta era nuestra vida semana tras semana.

Tampoco teníamos ropa para cambiarnos. Los piojos nos devoraban vivos. Algunos recibían envíos de ropa y alimentos de sus parientes, los que eran traídos por los consejeros judíos de las pequeñas ciudades vecinas y de Tarnopol. Se sobreentiende que para lograr que llegaran había que sobornar espléndidamente a los miembros de la SS.

Durante los meses de octubre y noviembre llegaron al campo 300 judíos más, traídos desde las aldeas vecinas y desde Tarnopol. También llegaron dos médicos judíos, uno de nombre Raichnbach y el otro Maiblum, y también un enfermero que había sido farmacéutico en Tarnopol. De los recién llegados se seleccionó a los sastres y zapateros a quienes los alemanes pusieron a trabajar en una pequeña barraca separada de las demás.

A unos 5 kilómetros del campo, sobre el camino que conducía a Tarnopol, se alzaba una pequeña aldea de nombre Haluschtintze en una zona donde había grandes formaciones rocosas. Allí la firma "Otto Hail" había instalado su cantera para aprovisionarse de piedra. Técnicos y operarios alemanes dinamitaban las rocas y una brigada de ochenta judíos se hallaba afectada al acarreo de las mismas. De estos hombres, seleccionados entre los más jóvenes y fuertes, dos o tres eran traídos diariamente al campo sin vida. Los alemanes los castigaban a latigazos con correas terminadas en pequeñas bolitas de plomo y cuando se ensañaban con uno, no lo dejaban hasta haberlo matado. En esta tarea colaboraban gustosamente los ucranianos, golpeando con las culatas de las armas a las víctimas.

Un domingo por la mañana, a principios de noviembre, cuando ya formábamos para ir al trabajo, los hombres de la SS separaron a doce de nosotros y una vez que los restantes partieron a cumplir sus tareas, fuimos conducidos por dos guardias ucranianos por el camino que llevaba a los bosques cercanos. Durante el trayecto se nos adelantaron dos automóviles en los que viajaban oficiales y miembros de la SS armados con armas de caza.

Cuando llegamos al bosque, los alemanes estaban ya semi borrachos. Algunos cantaban a voz de cuello, otros bailaban y uno de ellos tocaba la armónica. Cuando nos divisaron comenzaron a castigarnos con sus rebenques. Corrimos para eludir el castigo y uno de ellos disparó sobre nosotros mientras los ucranianos nos cerraban el paso. Nos detuvimos y los ucranianos nos llevaron nuevamente junto a los alemanes. Un oficial de la SS se dirigió a nosotros en polaco y nos dijo que lo sucedido había sido sólo una broma y que ahora los ucranianos habrían de conducirnos a las profundidades del bosque para que desde allí espantáramos a las liebres para que ellos pudieran disparar sobre las mismas.

Nos introdujeron en el bosque y tras media hora de marcha nos fuimos separando dejando una distancia de 20 metros entre uno y otro. Comenzamos a retroceder agitando los arbustos, batiendo palmas y silbando. Al mismo tiempo buscábamos fresas negras y rojas entre los arbustos. Nos encontrábamos ya cerca de los alemanes quienes disparaban continuamente sobre las liebres. De pronto escuchamos unos gritos espantosos a los que siguió un total silencio. Los disparos habían cesado. Nos aproximamos al lugar de donde habían partido los gritos y encontramos a dos hombres tendidos en el suelo. Sus manos y rostros estaban ensangrentados y pedían desesperadamente ayuda. No teníamos con que socorrerlos y restañamos sus heridas con unos trapos mientras los hombres de la SS reían a carcajadas. De inmediato nos hicieron formar, alzamos a los heridos y emprendimos el retorno al campo. Uno de ellos murió en el camino, el otro permaneció durante dos días en la enfermería y al tercer día los alemanes lo balearon.

El comandante del campo era un judío alemán, oriundo de Berlín llamado Koltz. Tenía unos 30 años y era un hombre imponente, de anchas espaldas, negros ojos y espesos bigotes. Su voz era ronca y cuando gritaba se asemejaba al rugido de un león. Yo lo conocía de Tarnopol en donde ambos, en nuestro carácter de refugiados, trabajábamos en una empresa transportadora: yo conducía un autobús y él un camión. Cuando fuimos llevados al campo y él fue designado comandante del mismo me prometió ayudarme en todo lo que le fuera posible. Durante las primeras semanas solía traerme por las noches un trozo de pan o un poco de agua. Más adelante, cuando los consejeros judíos comenzaron a enviar paquetes destinados a los prisioneros, me consiguió una camisa y un par de calzoncillos. También me contó que iban a traer al campo un camión para carga y que yo iba a ser el conductor del mismo.

Entre tanto los días continuaban transcurriendo en el campo.

La existencia se tornaba cada vez más difícil. Todas las mañanas, antes de que saliéramos para el trabajo, los alemanes separaban a 10 o 12 hombres los que eran fusilados ni bien nosotros nos alejábamos del campo. Esto se repetía día tras día a tal punto que si por casualidad transcurrían uno o dos días sin que nadie fuera fusilado, lo considerábamos una fiesta.

Semanalmente arribaban nuevos contingentes de judíos que reemplazaban a los que eran diariamente masacrados. Los consejeros judíos trataban de interceder por entre los miembros de la SS y entablaron negociaciones. Al jefe de las tropas SS le regalaron un carruaje, dos caballos y los correspondientes arneses. Levantaron un establo y el comandante encontró

a un hombre para que oficiara de cochero y se ocupara de la limpieza, alimentación y atención de los animales que servían para tiro y también para paseo.

El establo se encontraba a escasos 20 metros del portón que daba a la campiña y por el cual eran sacados los hombres destinados a ser fusilados. El cochero nos contaba como los alemanes y los ucranianos se ensañaban con los prisioneros obligándolos a correr, a realizar variados movimientos físicos para luego ser baleados.

Durante el mes de diciembre, en una de las tantas mañanas y mientras nos agrupábamos para ir al trabajo, se acercaron como de costumbre los hombres de la SS acompañados por uno a quien no conocíamos. Se siguió el procedimiento acostumbrado y separaron a seis hombres para fusilarlos pero luego el desconocido se acercó al comandante Koltz y le dijo algunas palabras. El comandante se acercó a donde yo estaba y me apartó de la fila colocándome a un costado. Cuando todos partieron al trabajo el comandante me explicó que el hombre de la SS tiene una motocicleta a la cual le reventaron ambas cámaras y necesita que alguien se ocupe de hacer la pertinente reparación. Me llevó luego ante el miembro de la SS a quien me presentó como un hábil mecánico y buen conductor.

El alemán conversó con Koltz pero no puede entender lo que decían dado que el miembro de la SS hablaba un alemán muy cerrado. Finalmente se me acercó y me dijo: tú vienes conmigo. Le seguí y salimos del campo para dirigirnos al poblado. Nos acercamos a un galpón cuya entrada franqueé y en el que se encontraba la motocicleta. Se trataba de un vehículo militar dotado de sidecar. Le pregunté al alemán si tenía con que emparchar la cámara y me dio los elementos necesarios al tiempo que me decía que me iba a dejar solo pero que si se me ocurría escapar habría de buscarme, encontrarme y hacerme colgar, y que en el supuesto de que no me encontrara Procedería a ejecutar a 50 judíos. Pronunció estas palabras acompañadas con visajes y muecas y luego me dejó solo.

Me aboqué a mi trabajo y procedí a reparar e inflar ambas cámaras. Cuando finalicé me dediqué a lavar todo el motor. El alemán regresó, observó el motor y me dijo "lo has hecho muy bien". Luego me ordenó que lo guardara. Yo tenía mucho frío y saltaba y golpeaba con los puños para entrar en calor pero de nada valen estos recursos cuando se tiene hambre.

Transcurrida una media hora el alemán volvió y me alargó un pedazo de pan y un trozo de fiambre que traía bajo su capota y me llevó de nuevo al campo.

Me comí todo lo que me había dado mientras caminábamos. En el campo era hora de almorzar y todos los que trabajaban en él, sastres, zapateros, aguateros, etc., se disponían a recibir su ración. Tome el poco de sopa aguada y me fui a la barraca de los sastres y zapateros donde me quedé conversando con ellos hasta el anochecer.

Al día siguiente los miembros de la SS concurrieron como de costumbre a seleccionar a quiénes habrían de fusilar. El dueño de la motocicleta me ordena salir de la fila y creo llegada ya mi última hora. Cuando todos se fueron para el trabajo el alemán me ordena ponerme a un costado y luego baja conmigo a donde tiene la motocicleta. Pone en marcha el motor

y me dice que preste atención a los ruidos que emite. Efectivamente el motor anda defectuosamente. Me pregunta si puedo arreglarlo y le digo que sí.

Me pregunta si fumo y respondo afirmativamente. Saca entonces un cigarrillo y lo arroja al piso a mi lado. Vacilo pensando si debo o no levantarlo mientras el alemán me espera hasta que finalmente me decido y tomo el cigarrillo. Me dice entonces que ponga el motor en condiciones y que él volverá luego.

Cuando quedé solo comencé mi trabajo y efectué en el motor todas las reparaciones que eran necesarias. Terminé mi labor y probé el motor: andaba perfectamente. No tenía nada que hacer y el frío me **atenaceaba**.

Voy de uno a otro lado revisando todo por si encuentro algo comestible pero en vano. Paso al galpón inmediato, se trata de una cocina y sobre ella hay dos ollas. Destapo la primera y no encuentro nada en ella, en la segunda quedaban restos de sopa y unos trozos de papa fría adheridos al fondo. Como todo con las manos.

El alemán vuelve y prueba el motor: queda asombrado. Recorre luego conmigo un par de kilómetros por la carretera y me lleva de vuelta al campo en donde imparte al comandante Koltz y a los guardias ucranianos la orden de que por la tarde me dejen salir solo del campo y que él me esperaría en el galpón de la motocicleta. Faltaba aún una hora para el mediodía y me fui a la barraca que ocupaban los sastres y los zapateros a quienes comenté mi hallazgo de la olla conteniendo sopa. Ellos me proveyeron entonces de un recipiente para poder traer sopa.

Por la tarde fui a donde la motocicleta. El alemán aún no había llegado por lo que entré a la barraca y puse el motor en marcha. Al rato llegó el alemán y partimos en dirección a Podwolotschisk. El hombre de la SS se cubría con un abrigado tapaorejas, guantes de piel y antiparras. Cuando llegamos se dirigió al Consejo judío donde entró. Yo bajé del sidecar y comencé a saltar ya que el viaje me había dejado prácticamente congelado. Fuimos luego hasta el cuartel de la Gestapo y posteriormente emprendimos el regreso.

Cuando llegamos a Kamionky nos dirigimos al puesto de la SS y allí me ordenó que llevara la motocicleta al galpón, me dio la llave para que cerrara al irme, y que a la mañana siguiente bajara temprano del campo para reunirme con él. Cumplí sus instrucciones, cargué sopa en el recipiente que había llevado, cerré el galpón y volví al campo.

La sopa se la dí a los sastres y a los zapateros para que se la repartieran y me fui a verlo a Koltz para pedirle un poco de agua con la cual lavarme la ropa. Obtuve una palangana en el taller Y Koltz me llevó a la cocina en donde ordenó que me dieran agua caliente. Lavé mis ropas y las colgué. A la mañana siguiente estaban secas, me las puse, me lavé, tomé mi café amargo y fui adonde se encontraban formados los distintos grupos. Como de costumbre concurren los hombres de la SS y entre ellos el dueño de la motocicleta, quién de inmediato me apartó, me condujo hasta el portón y me ordenó que fuera a donde la motocicleta. Los guardias ucranianos me miran sin comprender como se puede dejar a un judío ir solo de un lugar a otro. De esta manera comenzó para mí un período en el que fluctuaba entre una semi esclavitud y una

Semi libertad.

Llegué al galpón, abrí, limpié la motocicleta, puse el motor en marcha y luego me fui al galpón vecino en donde me serví un plato de sopa y me preparé para llevar una cantidad al campo de concentración. Cuando llegó el miembro de la SS me preguntó si yo había cumplido el servicio militar a lo que le respondí que sí. Me trajo entonces dos escopetas de caza y dos militares para que las limpiara. Me quejé del frío y me hizo pasar al escritorio en donde el ambiente caldeado resultaba sumamente agradable. El alemán se fue y yo me quedé limpiando las armas hasta el mediodía.

En el interin llegó el oficial de la SS Reibel. Todos se pusieron de pie. Se acercó a mí observando como limpiaba las armas y me preguntó si yo era el chofer. Le contesté que sí y me preguntó entonces en dónde había trabajado antes. Le dije que había sido conductor de vehículo de alquiler en Varsovia. Me pregunta entonces como es que fui a parar a Tarnopol y le explico que me refugié en dicha ciudad a raíz de la guerra en 1939. También me preguntó sobre mi familia, a lo que le respondí que la misma había quedado en Varsovia. Este fue mi primer encuentro con el oficial Reibel.

Tras esto interrogó al encargado del depósito sobre la existencia de pan y otros productos y conversó con el escribiente Groskop para luego retirarse. A poco se hicieron presentes dos ordenanzas llamados Yakub y Abe, quienes venían a retirar productos para los miembros de la SS y tras ellos concurrieron dos ucranianos en busca de pan y otros artículos para los policías ucranianos.

A mediodía volvió el dueño de la motocicleta. Inspeccionó el trabajo que yo hiciera con las armas Y repitió varias veces: - bien, bien. Me dio un cigarrillo pero esta vez ya no lo arrojó al suelo. Me envió a comer y ordenándome que por la tarde volviera. Tomé el recipiente con sopa y volví al campo.

Por la tarde fuimos a Tarnopol en donde el alemán se dirigió al consejo judío. Allí fue recompensado para que llevara algunos paquetes al campo de concentración y a mí me entregaron varias cartas para que las hiciera llegar al campo a sus destinatarios. Fuimos también hasta el destacamento militar para obtener allí dos lamparitas destinadas a la motocicleta y emprendimos el regreso. El miembro de la SS fue hasta el campo y le dejó los paquetes a Koltz, también me dejó a mí y se fue. Ya era de noche cuando los hombres volvieron del trabajo, repartí las cartas que me habían confiado y me fui a dormir.

Al día siguiente el proceso volvió a repetirse. Nuevamente me entregaron una cantidad de armas para su limpieza. Previamente había limpiado el motor y me había servido sopa. Me daba lástima comer mucho ya que trataba de que aún me alcanzara para un par de días.

Por la tarde el alemán vino a buscarme trayendo una bolsa y un arma de calibre chico. Nos dirigimos a una zona campesina cercana en donde había gallineros y rondaban por allí muchas gallinas. El alemán disparó sobre una y otra y yo las iba recogiendo y guardando en la bolsa.

Atrapó seis de esta manera y retornamos. Pocos días después fuimos a buscar gallinas en otra dirección y para Navidad y Año Nuevo atrapó diez gallinas cada vez.

Así iban transcurriendo los días. En una oportunidad el hombre de la SS me dijo que a mi lado se llenaba completamente de piojos. Yo tenía tantos encima que se le pasaban a él. Le explico que el campo, en donde duermo, está lleno de ellos y que es imposible ponerse a cubierto de los molestos piojos. Me llevó entonces al campo y le ordenó a Koltz que me proveyera de ropa limpia y de agua caliente para lavarme. Dijo que luego volvería y se fue.

Koltz me entregó la ropa y ordenó en la cocina que me dieran tanta agua como quisiera. Me lavé a fondo, cambié varias veces el agua, lavé también las ropas y me higienicé tanto como me fue posible. Por la noche volvió el alemán. Me llevó al poblado en donde me introdujo en una construcción que constaba de tres cuquetas dobles superpuestas para seis hombres, cubiertas con paja. Ya se hallaban allí durmiendo un médico, un peluquero, dos ordenanzas de oficiales de la SS y un ordenanza del miembro de la SS Tamanek, yo era el nuevo inquilino. Del techo pendía una lamparita a nafta. En el suelo había un balde con agua. Yo me tendí sobre mi camastro y de inmediato caí en un profundo sueño. Hacía ya semanas que en el campo dormíamos muy mal ya que lo hacíamos directamente sobre las tablas, dado que la paja tuvo que ser quemada en razón de los piojos. Antes de que yo pasara a dormir en el poblado, llegaban al campo semanalmente nuevos contingentes de judíos provenientes de distintas localidades de la Galitzia y que reemplazaban a los que eran diariamente exterminados por los nazis.

El mundo exterior ignoraba lo que acontecía dentro del campo de concentración. Los consejeros judíos enviaban paquetes para los judíos sin saber si estos estaban vivos o no. Aquellos paquetes que no tenían destinatario el comandante Koltz los repartía entre los prisioneros y su propia persona. Corría un invierno muy crudo. Las nevadas eran incesantes y tupidas. A muchos prisioneros el frío los afectaba a tal grado que sus extremidades solían quedar en carne viva. En esos casos los médicos les vendaban las heridas y los eximían de trabajar en las obras de pavimentación a la vez que le solicitaban a Koltz que les encomendara tareas livianas dentro del campo. Koltz los destinaba entonces a barrer el campo, traer agua o bien ayudar en la cocina. Transcurrieron así varios días. A los que estaban más levemente afectados se los seguía enviando a realizar los trabajos de pavimentación, y a los que tenían heridas de mayor seriedad se les dejaba en el campo. Esta situación se prolongó hasta que un mediodía vinieron al campo el oficial de la SS llamado Tamanek junto con el alemán dueño de la motocicleta y ordenaron que todos los prisioneros formaran fila. Todos se presentaron: cocineros, médicos, zapateros, sastres, enfermeros, los que trabajaban en las caballerizas, los que barrían y los que traían agua. Una vez formados Tamanek ordenó a tres guardias ucranianos que revisaran las barracas y de allí fueron sacados tres judíos que se habían escondido bajo las cuquetas y que fueron puestos a un costado por los hombres de la SS. Luego ordenaron a todos los que tenían vendajes en las manos apartarse de la fila. En total eran diez y ocho hombres. Se los condujo fuera de los límites del campo y allí fueron fusilados. A partir de ese momento tanto los enfermos como los que tenían las

extremidades congeladas no se quedaban más en el campo: todos iban a trabajar en las tareas de pavimentación, aún en las más terribles condiciones.

Durante el tiempo en que bajaba a dormir al poblado yo comía en el campo únicamente al mediodía, amén del café que tomábamos por la mañana. A la noche los ordenanzas con quienes compartía el dormitorio me traían alguna cosa para comer o algún pedazo de pan. Yo les correspondía ayudándolos a hachar leña o bien a lustrar las botas de los nazis. Así me fue dable conocer más de cerca a la "elite" del campo, a los integrantes de la SS, a quienes reemplazaban transcurridas unas pocas semanas por otros. Daba la impresión que su estadía en el campo constituía una especie de permiso o vacaciones. También conocí a la querida del oficial Reibl y a las de otros oficiales. El alemán al cual yo me hallaba adscripto en función de la motocicleta solía dejar sus botas tras la puerta de su habitación para que yo se las lustrara. En numerosas oportunidades me llevó para que le acompañara en excursiones de caza, cuando iba a los bosques a atrapar liebres. Corrían así los días entre atender la motocicleta, limpiar las armas y lustrar las botas. Pero cuando el mes de febrero tocaba ya a su fin las cosas cambiaron. Al dirigirme una mañana a buscar las botas del motociclista, su nombre era Engel Niderhammer, lo encontré ya vestido y con su bagaje preparado. Me dio su equipaje para que lo colocara en la motocicleta, recogió sus cosas, subió hasta el campo para despedirse de los oficiales, me regaló un pedazo de pan y dos cigarrillos y partió. Me dirigí entonces a las oficinas sin saber que hacer: volver al campo para picar piedras o quizás para ser enviado a la cantera? Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Quizás huir? Tenía la oportunidad, pero huir a dónde? Mientras me dedico a estas cavilaciones entran a la oficina un oficial de la SS en compañía de otro alemán. Miran a su alrededor y el oficial, al verme, se me acerca y dice: -Tu jefe se ha ido, ahora vuelves al campo? Le contesté que efectivamente así era y me disponía a retirarme cuando me ordena esperar y me dice: -Es una lástima que vuelvas al campo, volverás a llenarte de piojos. Debe llegar un vehículo de carga y tú serás el chofer del mismo. Entretanto desempeñate como ordenanza de Tamanek, hasta que llegue el camión. Le contesté que Tamanek ya tenía un ordenanza y me replicó:- Cierto, pero ese ya ha lustrado bastante. Tras lo cual llamó al ordenanza de Tamanek y lo envió en compañía de un soldado de vuelta al campo. Yo fui enviado a la casa de Tamanek. El ordenanza anterior era un fornido joven de 20 años que, si mal no recuerdo, se llamaba Szperber. Posteriormente el jefe del depósito Kenigsberg, me contó que le había costado mucho dinero al muchacho obtener ser nombrado ordenanza. Lamenté mucho que por mi culpa tuviera que volver al campo pero no estaba en mis manos la posibilidad de ayudarlo. Comenzó de esta forma una nueva etapa para mí en la que debí desempeñarme como ordenanza de Tamanek. La misión de Tamanek consistía en abastecer de alimentos a las tropas de la SS, a los guardias ucranianos y al campo de prisioneros. Dos o tres veces por semana viajaba a Tarnopol con un vehículo de carga de la empresa y allí adquiría las provisiones. Traía pan, papas, carne, azúcar, mermelada, café, queso, leche, manteca y embutidos. Tamanek tenía un perro de color blanco y largo pelaje. El hocico del perro tenía la particularidad de ser muy puntiagudo y por ello le llamábamos "Szpitz". Yo conocía ya cuales eran mis obligaciones al ser designado ordenanza. En primer lugar debía cuidar de prender el hogar para calentar la cocina y combatir así el intenso frío reinante; luego debía poner a calentar agua para la higiene personal del oficial, lustrar las botas,

barrer y ordenar la cocina. Cuando Tamanek se levantaba iba a la cocina a traerle el desayuno y posteriormente volvía para entregar La vajilla. Allí me solían dar un poco de café que tomaba rápidamente. Trabajaban en la cocina dos cocineras que cuando nos daban algún bocado o un poco de café nos advertían que nadie debía vernos, ya que de ser descubiertas por algún guardia o por alguno de la SS serían expulsadas de la cocina. Eran dos campesinas ucranianas y nosotros nos cuidábamos de que pasaran desapercibidas las oportunidades en que recibíamos algo de ellas. Alrededor de las 10 venía a buscarlo el vehículo y partía. Yo quedaba en la cocina, acarreaba agua y barría la nieve que se acumulaba frente a la entrada. Todas las mañanas venía una campesina que se ocupaba de tender la cama y asear el dormitorio. A mediodía volvía al campo a comer la sopa y recibir mi ración de pan. Por la tarde volvía al poblado, controlaba si el fuego se hallaba encendido y me iba a la oficina en donde conversaba con el escribiente y con el jefe de depósito. Aproximadamente a las 4 de la tarde volvía el camión y se procedía a ingresar los productos al depósito. Kenigsberg pesaba y controlaba anotando cada artículo. Cuando el chofer, que era alemán, se iba con el camión, Tamanek me enviaba a traerle el almuerzo. Me dirigía entonces a la cocina a traerle su pitanza. Cuando terminaba de comer se iba y yo devoraba los restos, devolvía la vajilla y retornaba las habitaciones de Tamanek. Allí aguardaba hasta bien entrada la noche, cuando Tamanek volvía, siempre borracho, cantando silbando, gritando y profiriendo insultos contra los judíos. Finalmente me gritaba que ya podía irme a dormir y yo me retiraba prontamente. A la mañana siguiente fui, calefaccioné la cocina y lustré las botas. Se levantó prontamente. Fui por el desayuno y cuando volví ya estaba completamente vestido. Comió velozmente y se dirigió al campo de prisioneros. Regresé a la cocina con los platos y la cocinera me alargó un poco de café que tomé a escape para volverme, acarrear agua fresca y agregar algunos leños al fuego. Cuando me disponía a ir por más leña volvió Tamanek con 3 escopetas que me entregó ordenándome limpiarlas. Me fui con las armas a la oficina y procedí a limpiarlas. Cuando las traje Tamanek las observó y me gritó enfurecido que estaban sucias. Torné con ellas a la oficina y las repasé nuevamente. Esta vez las dejó pasar y me envió a comer. Fui a comer al campo de prisioneros y después me entretuve unos instantes conversando con los sastres y zapateros. Nuevamente bajo a la aldea, me ocupé del fuego, de barrer la nieve y de lustrar y encender la lámpara de noche. Espero luego su retorno y cuando volvió me envió a dormir. Al día siguiente me ordena viajar con el camión. El se ubica en la cabina junto al chofer y yo, en compañía de otro joven prisionero, viajamos en la caja. Fuimos a Tarnopol y de allí trajimos papas, pan, fiambres y carne. A la hora de almorzar entraron a un restaurante. En el interín nosotros estábamos a punto de congelarnos en la caja del camión. Finalmente terminaron las compras y emprendimos el regreso cuando ya oscurecía. Descargamos el camión en el depósito. El joven volvió al campo y yo me fui a las habitaciones de Tamanek donde atendí el fuego y fui a traerle la comida. Tamanek la ingirió rápidamente y se fue. Quedé nuevamente solo hasta que regresó y me envió a dormir.

Pasaron así algunas semanas. Los fríos comenzaron a ceder, las nieves a derretirse y se empezaron ya a dejar sentir las primeras brisas primaverales. Yo continuaba pasando mis tardes al cuidado de la cocina. Tamanek tenía una radio en su dormitorio. En una oportunidad el aparato se descompuso y trajeron del campo a un Radiotécnico que trabajaba en los talleres de la empresa. Era un joven de Tarnopol y arregló rápidamente el aparato. Desde ese día Kenigsberg, el jefe de

depósito y Raichenbach, el médico, venían por las tardes y mientras yo vigilaba por si se acercaba algún miembro de la SS ellos sintonizaban la radio tratando de escuchar las noticias que propalaban las emisoras de otros países. Así nos enteramos de que los alemanes estaban sufriendo serios reveses en Stalingrado y en Moscú y que habían sido atrapados por el frío, las ciénagas y el barro en el frente oriental. Al oír estas alentadoras noticias nuestro infortunio se nos antojaba menos pesado.

Se seguían así los días y las noches. Yo permanecía siempre en la cocina de Tamanek esperando su regreso. Había noches en las que directamente no volvía. Siempre llegaba repleto de alcohol y en primer término se dedicaba a insultar a los judíos tildándolos de estafadores y de ser los culpables de la guerra. Yo nunca le contestaba. En una oportunidad se enfureció y me exigió que respondiera a sus insultos. – que quieres que te conteste? – le dije – si acusas a los judíos de provocar la guerra cuando son ustedes los que matan a inocentes criaturas y persiguen a seres humanos. Al oírme se abalanzó sobre mí y yo huí de la cocina. A la mañana siguiente no recordaba absolutamente nada del episodio.

Sucedió un día que mientras nos encontrábamos en el campo almorzando se escucharon gritos y órdenes instándonos a formar. Salimos y nos hicieron colocar en dos filas, a 10 metros una de la otra. Dos policías ucranianos entraron conduciendo a dos jóvenes de unos 20 años, oriundos de Tchartkof. Se aproximaron entonces el oficial Reibel y Tamanek y el primero nos dirigió la palabra diciéndonos que los dos jóvenes habían escapado del trabajo y que por ello les correspondía ser castigados con la muerte. Los ucranianos los colocaron entre las dos filas que formábamos y el oficial les ordenó arrodillarse, sacó su revolver y le descerrajó a cada uno un balazo en la nuca. Los jóvenes cayeron bañados en sangre uno de ellos se revolcó algunos minutos hasta que murió. Los cuerpos fueron dejados allí hasta el día siguiente. Aún hoy tengo el tétrico cuadro ante mis ojos.

Una de las tantas noches en que aguardaba el regreso de Tamanek, llegó este como de costumbre borracho. Me ordenó que fuera a buscarle aguardiente. A dónde ir a tan altas horas? Me encaminé hacia el puesto de los SS y le digo a la doméstica que Tamanek quiere aguardiente. La muchacha les explicó a los soldados de que se trata y le contestan que no hay. Vuelvo a las habitaciones de Tamanek y le informo que no hay bebida. Tamanek comienza a gritar enloquecido y me acusa de haberme tomado el licor por el camino. Le digo que no es así y entonces extrae su revolver y me ordena volverme contra la pared. Le imploro que no dispare asegurándole que es verdad lo que le digo. Tamanek me ordena callar y veo que es tal su furia que de nada han de servir mis súplicas. Me vuelvo hacia la pared pensando que quizás sea mejor así y de que ya es tiempo que todo esto toque a su fin. En eso escucho un disparo y el reloj de pared que pendía sobre mi cabeza cae hecho mil pedazos. Me estremecí mientras escuchaba las carcajadas de Tamanek y sus gritos de que me fuera. Como de costumbre Tamanek nada recordaba al día siguiente sobre lo ocurrido en la noche anterior. Me pregunta quien rompió el reloj y le muestro el orificio dejado por la bala en la pared. Tamanek ríe a carcajadas.

Tamanek permaneció en el campo hasta el mes de abril y luego fue trasladado a Glubatschek, un puente de piedra cercano a la ciudad de Tarnopol. Los hombres de la SS eran frecuentemente reemplazados.

Conmigo dormía Max, un joven peluquero de Tschartkof, cuya misión consistía en cortar el pelo y afeitar exclusivamente a los SS y a los guardias ucranianos. Por las noches solía cortar el pelo a sus compañeros de dormitorio. Una de esas noches se hallaba cortándole el pelo al ordenanza de un oficial cuando de pronto se abrió la puerta e irrumpió en la habitación un alemán que al ver lo que sucedía tomó un látigo y comenzó a descargar furiosos latigazos sobre la cabeza y la cara de Max mientras vociferaba – con la misma tijera que usas para nosotros le estás cortando el pelo a un judío -los latigazos volaban incansables sobre el ensangrentado rostro del peluquero. El alemán también le propinó al ordenanza y a todos nosotros unos cuantos latigazos y se fue. Cuando llegó el Dr. Raichenbach le vendó a Max toda la cabeza y durante toda la noche escuchamos sus ayes y quejidos. A la mañana siguiente los alemanes lo llevaron al campo de prisioneros y allí lo ahorcaron. Su delito consistió en emplear la misma tijera para los judíos que la que utilizaba para con los SS. Al día siguiente trajeron otro peluquero, esta vez oriundo de Tarnopol, y también exclusivo para alemanes y ucranianos.

En reemplazo de Tamanek vino otro miembro de la SS de nombre Wrobel. Era un individuo decente. Nunca pegaba a nadie y cuando la ira se apoderaba de él se limitaba a gritar. Después de estar allí una semana se trajo una querida, una joven polaca de Lemberg. Entre los hombres de la SS el tener queridas era una institución ya aceptada. El oficial Reibel se había agenciado a una muchacha polaca de Lublin que hablaba alemán y era fea y delgada como un poste.

El oficial ocupaba la más linda casa del pueblo que anteriormente había pertenecido a un molinero judío. La casa tenía un cuarto de baño, habitaciones con pisos de madera y una hermosa y espaciosa cocina. Allí se preparaba la comida para todos los miembros de la SS y para sus amantes.

La primavera ya estaba en su esplendor, comenzaban a brotar los árboles y los días se iban tornando más apacibles. Diariamente el caballerizo prepara y ensilla los corceles y el oficial con su amante cabalgan durante un par de horas acompañados por un hermoso perro de pelaje pardo, que emitía fuertes ladridos si bien nunca mordió a nadie. Jacob, el ordenanza, se ocupaba de lavarlo y peinarlo.

Jacob era el hijo del molinero, del propietario de la casa. Su padre había sido deportado por los rusos a Siberia y él quedó en la aldea, y pasó a ser ordenanza de los alemanes. El otro ordenanza Abe, era un carrero de Tarnow en donde supo tener un carro y un par de caballos.

Llegamos así al mes de Mayo. Las cosas en el campo de prisioneros siguen desarrollándose de la misma forma. Todos los días se fusila a unas cuantas víctimas y todos los días arriban transportes con nuevos contingentes de prisioneros.

También han hecho bajar del campo a la aldea a dos modistos para que confeccionen vestidos para las amantes de los oficiales, amén de un zapatero para que se ocupe de su calzado. Los consejeros judíos proveyeron de telas a los sastres y de cuero al zapatero y estos trabajan días enteros en el taller que les montaron en el que también fueron puestas tres cuquetas para que pudieran dormir en ella. El jefe del depósito les entregaba los productos y se cocinaban solos. El oficial

de la SS llegó a ordenar que se les suministraran raciones extras de pan, papas y carne. Así trabajaban e incluso ganaban algún dinero, que les permitía adquirir un poco de leche y alguna otra cosa e ir así recuperándose en alguna medida.

En los primeros días de Mayo trajeron de Tarnopol a una nueva partida de prisioneros, entre ellos un judío renegado, de origen austriaco y cuyo nombre era Ehre. Se había casado con una joven de Tarnopol, contaba cerca de cuarenta años y sus cabellos eran completamente blancos. Era un judío típico y hablaba idish, polaco y alemán. Koltz habló con el oficial y lo ubicó como escribiente.

A mediados de mes me levanto una mañana como de costumbre, lustro las botas de mi oficial, le alcanzo el desayuno, limpio la cocina y cuando y cuando el alemán se fue al campo me fui a las oficinas para conversar con el nuevo escribiente e informarme que era lo que estaba pasando en Tarnopol. En esos momentos arriba un camión de carga de 1 y ½ toneladas de fabricación soviética, marca "gaz", y de él descienden dos hombres de la SS que entran a la oficina y preguntan por el oficial. Yo los conduje hacia él y me volví a la oficina. A poco regresan en compañía del oficial y este me ordena revisar el camión y verificar su estado. Cumpló con lo ordenado y le manifiesto que solo faltan pequeños. El oficial me comunica que quedo a cargo del camión en calidad de chofer. Me entrega un vale y me ordena ir hasta la firma "Otto Hail" a cargar gas oil, aceite y regresar. Acerqué a los dos alemanes hasta la empresa y desde allí siguieron viaje con otro vehículo. Cuando volví el oficial dio instrucciones a Kenigsberg para que a partir de entonces me diera una ración extra y ½ kilo más de pan por día.

Así dio comienzo mi etapa de chofer del camión en el campo de prisioneros. En primer término procedí a lavar el vehículo, a practicarle un ajuste a la caja y a las ruedas, a regularle el motor y la carburación y dejarlo así en condiciones de viajar. A la siguiente mañana el oficial y el soldado Wrobel viajan conmigo a Tarnopol. Una vez en la ciudad me indicaron que me dirigiera a la Gestapo, allí descendió el oficial y nosotros fuimos a hacer provisión de fiambres, licores y cerveza para las tropas alemanas. Hechas las compras volvimos a la Gestapo a recoger al oficial y emprendimos el regreso. Eran cerca de las 13 y ellos se fueron a almorzar. Yo subí al campo a tomar mi plato de sopa. Por la tarde lavé el rodado, lo engrasé y lo preparé para el día siguiente en el que fuimos con el oficial nuevamente a Tarnopol, esta vez en compañía de un joven prisionero del campo a quien trajeron para que viajara conmigo.

Fuimos en primer lugar a buscar pan y luego a cargar algunas bolsas de papas. Al dirigirnos a buscar carne nos encontramos con que la carnicería estaba cerrada, por ser ya mediodía y debíamos aguardar. El oficial me dice que tiene hambre y quiere ir a almorzar y que le indique donde hay un restaurante. Dejamos al joven que nos acompañaba en el camión y yo me encaminé con el oficial por las calles céntricas en busca de un restaurante. Encontramos uno y el alemán me indica que entre con él. Yo le hago notar el cartel que pende sobre la entrada y que prohíbe la admisión de judíos. El oficial se ríe y me dice - puedes cagarte en el cartel, tú vienes conmigo- Entramos ambos y nos sentamos en torno a una gran mesa. El alemán ordenó sándwiches y cerveza a los que dimos pronta cuenta. Alrededor de la mesa se ubicaron otros alemanes, hacían comentarios sobre la situación en el frente y reían continuamente. El oficial con el cual yo estaba

también participaba en la conversación en la cual continuamente insultaban a judíos, a los rusos y a los polacos. Yo permanecía allí sentado y escuchaba con tranquilidad. El oficial me miraba y se reía. Finalmente nos fuimos de allí, buscamos el camión, cargamos la carne, fuimos a otros dos sitios y retornamos al campo. Allí descargamos todo en el depósito. El oficial llevó al muchacho nuevamente al campo y yo puse el camión en condiciones para el siguiente día.

En esa jornada fuimos a Podwolotschisk en donde conseguimos manzanas y miel. Luego nos dirigimos has la sede del consejo judío en donde nos dieron paquetes para algunos judíos y a mí me entregaron unas cartas, tras lo cual emprendimos el regreso.

Al otro día debimos viajar nuevamente a Tarnopol. Esta vez Ehre, el judío converso le pidió al oficial que le llevara una carta a su mujer. El oficial le dijo que me diera a mí la carta y la dirección y cuando arribamos a Tarnopol fui a entregarla.

La mujer la leyó y me pidió que cuando regresáramos volviera a pasar a retirar un paquete que quería enviarle al marido. Se lo dije al oficial y este dio su consentimiento. Fuimos hasta el consejo judío. Allí sabían que yo iba a venir y habían preparado paquetes y cartas que cargue en el rodado. Pasamos también por otros sitios y luego por la casa de la señora de Ehre a retirar el paquete- estaba de pie frente a la puerta aguardándonos. Bajé, tomé el paquete y lo guardé y en el interin el oficial entabló conversación con la mujer, la que era hermosa y le había gustado. Hablaban en polaco y cuando finalizaron nos fuimos.

Ya en el campo entregué los paquetes y las cartas, guardé el vehículo y le di a Ehre su paquete y la carta. Leyó primero la carta y luego abrió el paquete y me dio un pedazo de embutido y un trozo de queso duro. Desde entonces en cada viaje que hacía a Tarnopol llevaba correspondencia y traía paquetes. La mujer de Ehre horneaba distintas cosas para el marido y me convidaba con ellas. Así comencé a sentir nuevamente el gusto de las cosas buenas que ya había olvidado.

En una ocasión le dije al oficial que a la vera de los caminos habían quedado abandonados numerosos vehículos que los rusos dejaron tras de sí cuando huyeron y que sería bueno para nosotros contar con un motor de reserva para el caso de que este sufriera algún desperfecto. Le pareció buena la idea y me asignó a dos prisioneros para que con ellos fuera a traer un motor. Elegí a dos cerrajeros y partí con ellos en busca de un camión abandonado. Me encaminé a través de caminos secundarios hasta que encontramos un vehículo de la misma marca, nuevo, al que le faltaban las ruedas. Nos pusimos a trabajar, sacamos el motor y lo cargamos sobre nuestro coche. Luego me dirigí a la cabaña más cercana a preguntar quién se había llevado las ruedas del rodado abandonado. El campesino me dijo que él lo ignoraba pero me señaló otra cabaña y me manifestó que allí podrían informarnos.

Fuimos allí, el campesino no estaba pero me apersoné a su mujer y le dije que yo pertenecía a los SS del campo de prisioneros y que me habían informado que allí estaban las 4 ruedas del camión y que si quería evitar que su marido fuera llevado al campo debía entregarme 2 ruedas. La mujer comenzó a temblar y me pidió que nos lleváramos todas las ruedas. Cargamos con ellas y con otros repuestos que encontramos y emprendimos el regreso.

Cuando el oficial vió el motor, las ruedas y los repuestos me preguntó riendo de donde los había sacado. Le conté mi estratagema y entonces me palmeó la espalda y me dijo – “eres un judío habilidoso”- Luego me ordeno que pusiera el vehículo en condiciones ya que al día siguiente abramos de viajar a Lemberg.

Por la mañana temprano el oficial vino a buscarme y luego ordeno al jefe del depósito que me entregara alimentos para el camino. Recibí medio pan y el jefe del depósito preguntó al alemán que otra cosa debía darme. El oficial hizo que me entregara un pedazo de embutido, queso miel y margarina. Me entregaron un paquete con todos esos productos.

El oficial trajo consigo varias bolsas y nos pusimos en marcha. Ehre me dio una carta para su mujer la que entregué al pasar quedando de acuerdo que volvería por allí al regresar de Lemberg. Durante el viaje el alemán me habló de su vida, de su familia, su mujer y su hijo de 5 años, quienes al mes siguiente vendrían de vacaciones a Kamionky por un par de semanas.

Pasamos frente a varios campos de concentración como Kosof y Zlatchow y antes de llegar a Lemberg pasamos frente a otros dos. Al llegar a Lemberg pasamos primero por la regional de la SS y luego por la Gestapo y de allí a otros dos sitios. Anochece ya y el alemán me dejó en el campo de prisioneros de Lemberg, en la calle Yanovsky, ordenándome que pernoctara allí. El se fue a la ciudad y quedó en pasar a buscarme por la mañana. Comí mi ración sentado en el coche y luego entré al campo a tomar un poco de agua. Me acerqué a la cocina donde me dieron un café amargo y después me acomodé en el coche y me dispuse a leer un diario polaco que había comprado en el camino.

Me dispongo a leer en el momento en que los prisioneros retornan del trabajo y se acercan a la cocina a recoger su comida. Se ponen en fila para obtener un poco de sopa empujándose a fin de llegar antes. En eso se aproxima un oficial de la SS que se encamina en dirección a la cocina.

Cuando se encuentra a unos 50 metros de la misma toma en sus manos una ametralladora liviana y dispara sobre los judíos que estaban esperando su comida. De inmediato se produjo la dispersión del grupo. Algunos quedaron tendidos muertos en el suelo y otros malheridos, trataban de arrastrarse hacia el interior de las barracas. Los alemanes miraban y reían. El oficial se volvió caminando tranquilamente como si no hubiera sucedido nada. Luego supe que se trataba del sádico y asesino Wilhaz y sus acompañantes del campo de Lemberg.

Pasé la noche en el coche totalmente aterrorizado. Durante todo el tiempo se oían disparos en las cercanías de la caseta de guardia. Por la mañana mi oficial me vino a buscar y fuimos a la ciudad para luego dirigirnos a la estación de ferrocarril de Lemberg en donde en donde cargamos dos bolsas de harina de trigo, media bolsa de azúcar, cigarrillos, chocolate, vino, licores, café, manteca, miel, queso y golosinas: todo para los miembros de la SS.

Almorzamos y emprendimos el viaje de regreso. Al pasar por Tarnopol hicimos alto en la casa de la esposa de Ehere y me dio una carta y un paquete para su marido. Era ya noche cuando llegamos a Kamionky. Descargué todo en el depósito y le entregué a Ehere el paquete y la carta tras lo cual me fui a dormir.

Al siguiente día lavé y engrasé el camión y por la tarde fui con el oficial a Podwolotschisk a buscar pan para el campo. Al otro día volví a ir a Tarnopol a traer carne, fiambre y cebollas para los miembros de la SS. Pasé por el consejo judío donde entregué varias cartas que me habían dado en el campo y recibí varias más para ser entregadas allí.

Pasaron así varias semanas. Efectuamos otro viaje a Lemberg pero en esa oportunidad no dormí en el campo de concentración sino que lo hice en el sótano del cuartel de la SS, en donde se encontraban las calderas y las instalaciones de calefacción que eran atendidas por judíos que también dormían allí.

Como la vez anterior fuimos a la estación del ferrocarril en donde cargamos harina, azúcar, café, manteca, vino, licores, chocolate y cuatro bolsas conteniendo ropas pertenecientes a judíos exterminados lo que era atestiguado por los agujeros que atravesaban muchas de las prendas. Luego fuimos a almorzar y volvimos.

Era ya noche cuando llegamos a Kamionky. Kenigsberg ingresó los productos al depósito. Guardé el vehículo y me fui a dormir. A la mañana siguiente el oficial fue conmigo al depósito y me dijo que me eligiera ropa. Escogí un uniforme que pertenecía a un soldado polaco y el alemán me dio una muda de ropa. Luego me fui a preparar el coche.

Durante el tiempo que estuve viajando en el campo hubo diversas modificaciones e innovaciones. Se organizó una policía judía y se designó para que la comandara a un judío austríaco llamado Lachman. En la aldea se instaló un lavadero en el que trabajaban mujeres judías, la esposa del comandante de policía, la esposa del Dr. Meiblum, a la que yo traje con el coche desde Zlatchow, la hermana del Dr. Raichenbach y la cuñada del ordenanza Jakub junto con otras mujeres de Tarnopol.

Por otra parte junto a la cantera de piedra, a la que había que ir diariamente a pie, se levantó una barraca y una cocina rodeados por alambrados de púas, custodiadas por policía ucraniana y judía, constituyendo así otro campo de concentración. También se levantaron otros campos: uno en Podwolotschisk y otro en Skolat. El comandante del segundo se llamaba Nirler y su cuñado era su lugarteniente. El comandante de Powolitschk se llamaba Schwartz, un joven alto y duro como el acero oriundo de Lodz.

Todos estos campos se hallaban bajo el control de los SS de Kamionky.

Los alemanes se portaban un poco mejor. Ya no disparaban ni mataban con la frecuencia con que lo hacían antes y ello se debía a que los consejeros judíos negociaron con ellos y los sobornaron mediante la entrega de kilos de oro, dinero y variados objetos para ellos y para sus amantes a fin de que se comportaran más humanamente con los judíos de los campos de concentración.

Empero los alemanes eligieron a los más crueles de entre los judíos y los designaron como capataces para que ellos pegaran a los judíos en lugar de los SS.

Uno de estos capataces era un judío llamado Srolek, una alimaña de la peor especie. Castigaba incansablemente a los prisioneros y tan satisfechos estaban los alemanes con él que lo nombraron lugarteniente del comandante Koltz. Todas las mañanas, cuando se formaba para el trabajo, pegaba bárbaramente a los prisioneros habiendo así provocado la muerte a más de uno. Dado que sus golpes inutilizaban un brazo o una mano y entonces, al no ser aptos para el trabajo, eran fusilados.

Srolek cayó enfermo de tifus a fines del verano y fue llevado a un hospital en Skolat en donde murió algunas semanas después. En su reemplazo se nombro como lugarteniente del comandante del campo a un judío llamado Cukierman que provenía de una región cercana a Sbarasch y era hijo de un hacendado. Era un muchacho culto y bueno y se portó decentemente con los judíos del campo.

En los tiempos de Srolek, cuando este conducía a los hombres al trabajo, los obligaba a cantar. Si no cantaban los golpeaba brutalmente. Los hombres de la SS y los policías ucranianos estaban encantados con él. La canción que mas le gustaba era "oi der rebe gueit" y reían sin parar cuando los judíos entonaban esta canción. Esta modalidad de cantar al ir y al venir del trabajo continuó aún después de la muerte de Srolek.

Un buen día, a fines de Julio, cuando me disponía a partir con el vehículo hacia Tarnopol, montaron en el mismo las queridas del oficial y del hombre de la SS que habitualmente viajaba conmigo. Llevaban consigo dos valijas cada una y volvían a sus casas. El motivo de su partida estaba dado por el inminente arribo de las esposas del oficial y del otro alemán y por ello despacharon a sus queridas. Las llevé hasta la estación del ferrocarril en Tarnopol y partieron.

Algunos días más tarde el soldado alemán me llevo a Tarnopol para que aguardáramos el arribo de la mujer del oficial. Esperamos más de una hora hasta que llegó el tren y el alemán fue a buscar a la mujer del oficial. Volvió en compañía de una mujer sumamente delgada y de un niño de unos 5 o 6 años. Traía consigo una valija que cuando la tome en mis manos para ponerla en el coche me di cuenta que estaba vacía. Durante el viaje hacia la aldea conversaron sobre distintos aspectos de la vida en el poblado y de la vida en Alemania donde reinaba el hambre, y sobre la guerra.

Cuando llegamos a Kamionky el oficial vino a recibirla, se abrazó con su mujer y entraron a la casa. Tres días después llegó la esposa del soldado con su hijo de 5 años. Las dos familias vivían juntas. Por las mañanas los hombres estaban ocupados en el campo, las mujeres dormían hasta tarde, se levantaban y almorzaban juntos. Por las tardes iban a pasear y visitaban distintos sitios de la población. Utilizaban el carruaje para recorrer los campos de concentración y observar el lugar en que los judíos eran fusilados.

Se alimentaron bien durante las seis semanas que estuvieron allí y engordaron apreciablemente. Los sastres confeccionaban vestidos para ellas y trajecitos para los niños y el zapatero les hacía el calzado. Transcurridas las seis semanas se fueron llevando consigo cada una dos valijas repletas de cosas. Tres días después de que yo las llevara a Tarnopol regresaron las queridas de los alemanes trayendo consigo las valijas vacías y retomaron sus lugares en la casa.

Algunos días más tarde conduje a Wrobel, el alemán que viajaba siempre conmigo, a Lemberg y ya quedó destacado allí. Su lugar fue ocupado por otro SS de nombre Meller, un bandido y asesino que cuando solía viajar conmigo a Tarnopol o a otros sitios y pasábamos por algún lugar en el que había judíos trabajando me ordenaba detenerme, bajaba del coche y con su rebenque pegaba a los judíos sin causa o razón alguna. Así se comportó hasta que el campo fue liquidado.

En más de una oportunidad también a mi me castigo con su rebenque y tuve que contenerme para no arrojarme sobre él. Pero pude sobrellevarlo. En dos ocasiones pegó a sus víctimas durante tanto tiempo que las dejó tendidas muertas a sus pies. Tenía el aspecto de un macaco, flaco, enjuto, de ojos saltones y de caminar vacilante sobre sus arqueadas piernas. Le faltaban dos dedos de una mano. La gorra le caía siempre sobre las orejas y a no ser por ellas le taparía toda la cara. Un año tuve que soportar a su lado.

Cuando íbamos a buscar provisiones para los SS, para los ucranianos y para los prisioneros tanto el panadero como el chacinero nos daban a mí y a mi acompañante un pedazo de pan y un trozo de embutido. Cuando Meller lo vio nos lo quitó y quedamos con nada. Posteriormente coordinamos el asunto de tal forma que el chacinero escondía algo para nosotros en un costado del camión y el panadero arrojaba a la cesta un pan más de los que había contado también destinado a nosotros.

De esta forma yo y mi ayudante, un joven de 20 años nativo de Tchernovitz, viajamos de uno a otro lado, a Tarnopol a Lemberg, a Podwolotschik, Sbarasch, Skolat y otras poblaciones.

Corría el mes de agosto de 1942 cuando a los consejeros judíos se les ocurrió regalarle al teniente Reibel un automóvil de pasajeros. Ello significó para mí una nueva tarea: enseñarle a conducir al oficial. Tenía ya algunas nociones de manejo y yo y mi ayudante debíamos lavar, lustrar y engrasar el automóvil.

Cuando iba a algún sitio cercano o de uno a otro campo lo hacía solo pero si debía cubrir algún recorrido más largo debía yo ir con él. Así pasé a ser chofer tanto de su automóvil como del camión y en dos oportunidades Meller debió recurrir a otro chofer que trabajaba en los talleres de la firma "Otto Hail".

Muchas veces tuve que viajar con el oficial a Lemberg.

Un recorrido de 300 kilómetros deteniéndonos en todos los campos que jalonaban el mismo. El primero era Stupky, el segundo campo era Borky Vielke, luego venía Tarnopol. Después de Tarnopol estaba el campo Kosow y después Zlotchow. Después de este último hasta Lemberg había dos campos más pero no recuerdo sus nombres.

En Lemberg nos dirigíamos al cuartel de la SS y el teniente Reibel se iba en compañía de dos oficiales. Yo quedaba en el sótano en donde trabajaban varios judíos atendiendo la calefacción central. Allí me daban de comer y yo conversaba con ellos sobre la situación de los judíos de Lemberg, que se había tornado sumamente crítica. Luego me destinaban un lugar para dormir.

Por la mañana el oficial me venía a buscar y en primer lugar lo llevaba a una cantina militar en donde se desayunaba. Íbamos luego a la Gestapo y a varios otros sitios recién por la noche me trajo un sándwich y emprendíamos el regreso.

Una vez, al volver, me di cuenta que estaba un poco ebrio. Me formuló varias preguntas sobre mi familia, sobre mi mujer e hijos y yo le contesté a todo. Me miró varias veces en tal forma que llego a asustarme y finalmente se quedó dormido roncando estentóreamente. A eso de las 2 de la mañana llegamos a Kamionky.

Al día siguiente tuve que salir con el camión en busca de provisiones. Meller me ordenó detenerme en el trayecto y bajó del vehículo y con su rebenque se dedicó a flagelar a un grupo de judíos que trabajaban en el pavimento hasta que les hizo saltar sangre. Volvió al coche y continuamos viaje. Le pregunté porque había pegado así a los judíos y me golpeó a la vez que me insultaba y amenazaba con castigarme igual que a ellos. Nada contesté y continuamos viajando, llegamos a Tarnopol, nos aprovisionamos y regresamos-

A fines de Setiembre de 1942 el oficial me dio órdenes de preparar el coche de pasajeros para un largo recorrido. No me dijo hacia dónde íbamos a ir. Preparé el automóvil, conseguí dos cubiertas para recambio y dos latas con gasoil.

Dos días más tarde cargaron el coche con cuatro bolsas conteniendo papas, cebollas, frutas y verduras, dos cajones con huevos, manteca, quesos y varias botellas de leche. El oficial me dio que esos productos eran para la madre de Heidi. Heidi era su amante y la madre vivía en Lublín.

A las 7 de la mañana salimos de Kamionky. Viajaba conmigo Meller, el mismo que me acompañaba siempre y tomamos el camino que iba a Tarnopol, Stanislaw, Szamostch, Lublin. Antes de entrar a Lublin pasamos por el campo de exterminio de Maidanek. Por el camino pasamos frente a muchos controles y puestos militares ante los cuales el alemán debía identificarse. A mí, como chofer, nada me preguntaban. Si los puestos de guardia eran sostenidos por ucranianos el alemán se limitaba a insultarlos pero desde Maidanek a Lublin cruzamos por cuatro puestos de la SS que nos dejaron continuar. Cuando pasamos frente a Maidanek pude ver las barracas dispuestas en hileras y rodeadas por vallados de alambres de púa. Vi como la gente se empujaba y gritaba frente a las barracas y me estremecí al observar como policías y miembros de la SS de negros uniformes los castigaban ininterrumpidamente con sus látigos.

Llegados a Lublin averiguamos la dirección de la madre de Heidi, la amante del oficial. Llegamos a su casa, en la parte baja de un inmueble y el alemán le dijo de parte de quien veníamos y le entregó una carta. La mujer leyó la carta y resplandecía de alegría. No sabía que veníamos de un campo de concentración ni que yo era judío.

Descargamos los paquetes de provisiones, que en ese momento constituían un verdadero tesoro. La mujer nos sirvió de cenar y hasta consiguió una botella de licor. Comimos con buen apetito y nos quedamos de sobremesa hasta bien entrada la noche. El alemán pernoctó allí. La mujer tendría unos 40 ó 45 años y tenía consigo dos chicos, uno de 10 años y una niña de 6. Marido no tenía.

A mí la mujer me acomodó en casa de una familia vecina en donde pasé la noche. Estando en Lublin me trasladé con la imaginación a Varsovia en donde había dejado a toda mi familia en 1939. Yo no tenía documentos conmigo. El dueño de la casa en que me hospedaba tenía un conocido que preparaba papeles y documentación. Le dí 100 marcos a cuenta y dos días después, contra el pago de 400 marcos más, debía de entregarme un pasaporte. Pero al día siguiente temprano el alemán me despertó y emprendimos el regreso.

Me dolió mucho que estando a 160 escasos kilómetros de Varsovia no me fue dable volver allí. Envié una carta desde Lublin a mi casa pero no obtuve respuesta.

La madre de Heidi nos dio comida para el camino y así viajamos todo el día hasta bien entrada ya la noche llegamos a Kamionky.

La mañana del día siguiente la destiné a reparar el automóvil y dejarlos nuevamente en condiciones de marcha. A la tarde el oficial salió con su querida a dar un paseo con el coche y yo me dediqué a poner en condiciones el camión.

Al otro día fuimos con Meller a Tarnopol y allí nos proveyeron de 10 bolsas de papas, carne y fiambre. Por aquel entonces la situación de los judíos en el campo mejoró un tanto. A cada uno le fue asignado una cuota semanal de 100grs. de carne, 50grs. de miel y 50 grs. de azúcar, de la cual recibían la mitad ya que desde uqe ingresaban los productos al depósito hasta que llegaban a manos del prisionero judío solo quedaba la mitad.

En octubre de 1942 fui en compañía de Meller con el camión a Lemberg en busca de cigarrillos, vino, licores y chocolate. Pernocté como de costumbre en el sótano del cuartel de la SS. Por la mañana emprendimos la vuelta y al llegar a Zlotchow nos dirigimos hacia el campo de esa ciudad. El alemán que me acompañaba fue a hablar con el jefe del campo, teniente Wartzog. En el interín me quede conversando con el chofer de Wartzog, un robusto joven de 18 años nacido en Zlatchow. Regreso Meller y me ordenó que buscara en el campo a una mujer llamada Cheze y le dijera que viniera. Yo no sabía quién era la mujer ni de que se trataba. Finalmente la encontré y le dije que la requería el hombre de la SS de Kamionky.

La mujer se alegró de sobremanera y me confió que ella era la esposa del Dr. Meiblum y que la venían a buscar para reunirse con su marido. Se despidió de sus padres y familiares, salió con nosotros y montamos en el camión. En Kamionky la esperaba el Dr. Meiblum quién se alegró de encontrarse con su esposa y me regaló 100 marcos. Descargué el camión y me fui a dormir.

Al siguiente día viaje a Podwolotschisk a fines de traer pan para los campos de concentración y para llevar una bolsa de harina blanca y azúcar con la que se pudieran hornear exquisiteces para los alemanes. Llegado allí descargué lo que traía y cargué el pan y enfilamos hacia el campo de la ciudad. Allí se encontraba ya el teniente Reibel que había venido en su auto y en compañía de su amante.

En Podwolotschisk había un campo para hombres y otro para mujeres. El comandante del sector masculino era un joven de 25 años llamado Schwartz, refugiado de Lodz, un individuo bien entrazado, alto y fuerte. El campo femenino lo comandaba una joven de la región, menuda y bonita, ligeramente estrábica de un ojo, defecto este que le agregaba particular encanto. Había sido la mujer de Srolek el lugarteniente del comandante del campo de Kamionky que muriera en el hospital de Skolat. Tras su muerte ella fue designada por el oficial de la SS comandante del campo femenino de Podwolotschisk. Su nombre era Rusza o Rosa.

Entramos al campo para dejar parte del pan que llevábamos. Cuando lo hubimos descargado se me acercó el oficial de la SS y me dijo: -“Ladowsky, elígete una muchacha del campo femenino para tenerla de mujer”-

Le contesté que había dejado a mi mujer y 3 hijos en Varsovia a lo que replico que el también tenía mujer e hijo en Berlín. Le dije que yo ya sabía eso e insistió diciéndome que podía tomar a la mujer de Srolek, que ella le había confiado que estaba preñada de mi y que debía pasarla bien ahora sin preocuparme por lo que habría de suceder en el futuro-

Rechacé su propuesta y volvimos a Kamionky. Desde entonces me tomo entre ojos y solía enfurecerse conmigo y gritarme sin ningún motivo. Le irritaba que yo no le hubiera hecho caso y en una oportunidad llegó a castigarme con el látigo y a ordenarme que retornara de inmediato al campo a trabajar y que dejaba de ser chofer. Me limite a asentir pero él sabía que no tenía con quien reemplazarme y por lo tanto me dijo que por esta vez me perdonaba pero que al próximo incidente me haría fusilar.

Y el incidente se presentó dos semanas después. Había viajado yo a Tarnopol para traer carne, embutidos y papas e iba conmigo, como de costumbre, uno de los prisioneros para ayudarme a cargar y descargar. El carnicero le regaló al joven que venía conmigo un hueso con carne y lo puso en el camión junto a la carne que debíamos transportar. Otras cosas que nos dieron las ocultábamos en los bolsillos. Cuando llegamos a Kamionky y descargamos las cosas a uno de los alemanes se le ocurrió revisar la caja del camión y la cesta y allí encontró el hueso. Me preguntó de que se trataba y le dije que el carnicero se lo había regalado a mi acompañante, y que la carne y los fiambres que descargábamos en el depósito se pesaban y eran controlados de tal forma que nada faltaba. El muchacho ratificó lo que yo decía no obstante lo cual el alemán le comunico el asunto al oficial diciéndole que habíamos robado el hueso.

El oficial vino y en primer lugar le propinó unos cuantos latigazos al muchacho remitiéndolo luego al campo y destinándolo a trabajos pesados. A mí también me dio un latigazo y me gritó que habría de enviarme a cumplir tareas pesadas al

campo y que ya tenía un reemplazante para mi puesto. Pero luego agregó que por esta vez me dispensaba y que a la próxima me remitiría al campo y con eso se terminó el asunto.

Por ese entonces la situación en los campos de concentración mejoró. Se dejó de matar a los judíos como se venía haciendo hasta entonces. Era difícil de conseguir nuevos judíos para el trabajo.

Llegó el invierno y cayeron copiosas nevadas. Los judíos fueron destinados a limpiar los caminos para permitir el paso de los coches militares que iban de uno a otro lado sin cesar.

El año tocó a su fin. El oficial fue invitado a festejar el año nuevo en el cuartel de la Gestapo en Tarnopol. Debido a las intensas nevadas no quería manejar y me ordenó que preparara el coche de pasajeros y pasara a buscarlo a las 21,30hs. Viajó con su amante y llegamos a Tarnopol a las 22,30 hs. Abrieron el portón del cuartel de la Gestapo y detuve el coche frente a la entrada principal. El y su amante descendieron y a mí me ordenó que estacionara el coche y que volviera. Un policía ucraniano me acompañó. Acomodé el vehículo y volvimos adónde el oficial me aguardaba.

Me condujo al primer piso y entramos a una habitación en la que se encontraban numerosos policías y varios miembros de la SS. El oficial se acercó a uno de ellos y le ordenó que me diera de comer y que le aguardara allí hasta que él viniera a buscarme.

Me sentaron a la mesa y el mozo recibió instrucciones de atenderme. Me sirvieron de comer y de beber. Los que me rodeaban me preguntaron quién era y les contesté que yo era el chofer del Jefe de Campo de Kamionky.

Entré con ellos en confianza. Con los ucranianos hablaba en polaco y con los alemanes en alemán de tal manera que ellos no sabían que yo era judío.

A las 3 de la madrugada el oficial y su amante vivieron por mí. Estaban bastante bebidos y yo fui con un policía a buscar el automóvil.

Tomaron asiento y emprendimos el regreso. Llegamos a Kamionky a las 4 de la mañana, guardé el vehículo y me fui a dormir. Al día siguiente no tuve que ir a ningún lado y subí al campo. El comandante Koltz me informó que todos habían salido a barrer la nieve. Le conté como había pasado la noche de año nuevo y se rió de mi suerte.

Por la tarde fui a saludar a algunos campesinos amigos con motivo de la fiesta. Brindé con ellos y tome algún bocado y así transcurrió el día de año nuevo de 1943.

El invierno de ese año fue duro y la nieve caía sin cesar. Los judíos estaban permanentemente ocupados en limpiar las carreteras. Yo, como de costumbre, viajaba cada dos días a Tarnopol o a Podwolotschisk a traer provisiones y los días que no viajaba limpiaba la nieve de los accesos a las casas de los hombres de la SS y del oficial junto con los ordenanzas Jakub y Abe.

Jakub era un joven de 20 años fuerte y de anchas espaldas. Su hermana trabajaba en la lavandería del campo y tenía con ella a una criatura de 3 años. El era el ordenanza del oficial.

Abe era un judío de unos 40 años que había venido allí de Tarnow en donde era carrero y tenía su carro y caballos. Era delgado y ágil y bizqueaba de ambos ojos. Su misión consistía en hachar leña y traer agua para la casa del oficial. Había logrado traer allí a su mujer la que trabajaba como ayudante en la cocina. Dormía en la misma habitación conmigo y con los doctores. El oficial lo llamaba Aba y ni bien lo veía le gritaba “-Aba, mírame fijo”- lo que le hacía prorrumpir en estrepitosas carcajadas.

En Kamionky había una pequeña capilla donde las mujeres iban los domingos a rezar. Unas dos veces por semana el cura de esa pequeña iglesia venía a la oficina de la SS y allí le daban distintas cosas para la iglesia y para él personalmente. Era un hombre bajito con una larga y puntiaguda nariz y ojos pequeños y cuando reía dejaba ver sus dientes negros y cariados.

Tenía ya más de sesenta años y hablaba un buen alemán, ucraniano y polaco. No era mala persona y hablaba siempre con Ehre, el judío converso, sobre Tarnopol y a nosotros nos consolaba diciéndonos que la guerra ya no habría de durar mucho y que íbamos a volver a nuestros hogares. Dos días antes de que fuera liquidado el campo el escribiente Ehre desapareció de la oficina.

En el mes de febrero viajé con el oficial a Lemberg. El frío era intenso y las nevadas copiosas. El oficial se abrigó con un saco de pieles y con botas forradas y se llevó sándwiches y una botella de licor. A mí me hizo dar medio pan y un pedazo de embutido. Durante el trayecto me preguntó cómo me iba y si estaba contento. Le contesté que sí pero que esaría más contento si la guerra tocara a su fin y pudiera volver a casa.

Por el camino nos cruzamos con columnas de tanques y cañones alemanes, seguidas por vehículos de transporte. El oficial los observó riendo y me dijo: “-si, si Ladowsky, aún no hemos perdido la guerra-“. Eran los días en que los alemanes abrían sufrido serios reveses en Stalingrado.

El camino se tornaba dificultoso por la nieve y cada media hora debía detenerme para desentumecer brazos y piernas ya que corría el riesgo de congelarme. Alrededor de las 8 de la noche llegamos a Lemberg y nos dirigimos al cuartel de la SS. El oficial se fue a dormir al casino y yo fui al sótano donde trabajaban los judíos que se ocupaban del mantenimiento de la calefacción y me quede con ellos. Estaba aterido de frío y hambriento. Los judíos me dieron algún alimento ya que ellos mismos no tenían lo que comer. Me calenté junto a las calderas y me fui a dormir.

A las 9 de la mañana siguiente me vino a buscar el oficial y lo lleve a distintos sitios debiendo en cada oportunidad esperarlo. No comí nada y el frío me atenaceaba. A las 3 de la tarde me dio la orden de partir. En su hablar pude advertir que estaba bebido.

Me dio un sándwich que me apresuré a comer y partimos de Lemberg en dirección a Slotchow a cuyo campo de concentración nos dirigimos. Allí el oficial fue a conversar con el jefe del campo, Wartzog y transcurrida una media hora el chofer de Wartzog vino a buscarme, subió a mi vehículo y me acompañó hasta el garaje del campo en donde estacioné el coche.

Me condujo luego al lugar en el cual el dormía y tras darme algo de comer me cuenta que en Zlotchow ya no hay más gueto y que la mayor parte de las mujeres y todos los chicos fueron exterminados y que los que quedaron con vida fueron traídos al campo. Por la ventana me señala a un SS cuya especialidad consistía en matar criaturas a las que tomaba de los pies y estrellaba de cabeza contra una pared. Tenía realmente el aspecto de un asesino.

Por la noche se realizó en el campo una representación para los integrantes de la SS y para los policías ucranianos. Desde luego el oficial decidió pernoctar allí y el chofer cuyo nombre era Natzek, me llevó a presenciar el espectáculo. Tres muchachas judías entonaron varias canciones, cinco músicos judíos ejecutaron en sus instrumentos y luego dos jóvenes muchachos- de 14 o 15 años aproximadamente- realizaron varios ejercicios acrobáticos, incluyendo saltos en el aire. Finalmente uno hizo varias pruebas de magia: vertió vino de una botella vacía, realizó trucos con naipes y también con cigarrillos. La función finalizó y me fui a dormir en compañía del chofer de Wartzog.

Por la mañana mi compañero me trajo de comer pan con miel y café amargo. Aún estuve allí unas cuantas horas. Apresté el automóvil, almorcé con el chofer Natzek y por la tarde vino el oficial y me dio orden de partir. Me despedí de Natzek y nos pusimos en marcha. El oficial se quedó de inmediato dormido ya que estaba borracho y sus ronquidos estremecían el vehículo.

Íbamos lentamente ya que la nieve tornaba el camino casi intransitable.

Cayo la noche y el coche se detuvo. Baje y busque la causa del desperfecto que finalmente pude solucionar y reiniciar la marcha. El oficial continuaba durmiendo y siguió así hasta que llegamos a Kamionky ya cerca de medianoche. Lo llevé hasta su casa, deje el automóvil en el garaje y me fui a dormir.

Al siguiente día lave el coche, lo engrase y le cargue gas oil. También puse en condiciones el camión y comenzaron a transcurrir las semanas dentro de la misma rutina de ir y venir acarreado provisiones para los campos de concentración, para los policías ucranianos y para los alemanes.

En el mes de abril volví a viajar a Lemberg para traer licores, vino chocolate, café, harina, cigarrillos y otros productos destinados a los alemanes. Pase la noche en el consabido sótano donde un puñado de judíos atendía las calderas y la calefacción y al día siguiente emprendí el regreso. Iba conmigo Meller, y durante el viaje me dijo –“tú crees que el oficial te va a dejar con vida, pero no te hagas ilusiones, yo mismo te mataré”- le respondí que no le temía a la muerte y que me era

indiferente quién habría de matarme. Lo único deseable le dije era que sucediese cuanto antes ya que así habría de sufrir menos. Nada me contesto y continuamos en silencio hasta llegar a Kamionky, donde arribamos a las 11 de la noche.

En el mes de abril de 1943 llego al campo un nuevo integrante de la SS. Tenía unos 20 años y era extremadamente flaco. Tenía una nariz muy larga y cuando reía dejaba ver unos dientes amarillos y separados.

Era húngaro y apenas si hablaba alemán. No tenía idea de lo que era un judío.

Cuando me acompañaba a buscar pan solía arrancar pedazos de las hormas y comérselos. El jefe del depósito me pregunto quién arrancaba los pedazos de pan y le dije que Franz, tal era su nombre. Al poco tiempo estaba irreconocible de puro gordo y semejava un perfecto

Idiota, siempre riendo. No sabía pronunciar mi nombre pero ya sabía lo que era un judío. No obstante nunca le pegó a nadie. Cuando viajábamos juntos me pedía que le comprara helados ya que no tenía dinero.

Le pregunte porque había ingresado a la SS y me contó que su padre tenía junto con un socio una panadería y que quería sacárselo de encima. Entonces él, Franz, se alistó en la SS y solucionó el problema. Estuvo en el campo hasta que el mismo fue liquidado.

Una tarde, en los primeros días de mayo, entraron al campo dos hombres de la SS y sacaron de la enfermería a dos judíos que estaban enfermos y a otros cuatro que se ocupaban de la limpieza del campo. Llamaron a dos policía ucranianos y condujeron a los seis judíos al campo de la muerte. Como de costumbre había allí fosas excavadas y los seis judíos fueron baleados. Para suerte o desgracia uno de ellos, un joven de 18 años, no murió. Había recibido la bala en una mano y cayó dentro del pozo donde se quedó hasta la noche. Salió luego y volvió a ingresar al campo yendo en busca del médico. El médico lo curó y dio parte de lo sucedido al comandante Koltz. Koltz informó de esto al oficial agregando que como el joven había sido sentenciado y la pena ejecutada al haberse salvado milagrosamente, correspondía, conforme a la ley, dejarlo con vida. El oficial contestó riendo que sí, que habría de vivir. Al día siguiente el joven fue ahorcado en el campo. Koltz tuvo un terrible cargo de conciencia por haber informado al oficial pero ya no había nada que hacer.

A fines de mayo volvía a viajar a Lemberg en busca de provisiones. Un día antes de mi partida se me apersonó el comandante del campo de Skolat, su nombre era Nirler, y me dijo que debía traer de Lemberg a su hermana que estaba allí escondida. Le pregunté si el alemán que habría de acompañarme estaba al tanto de eso y me dijo que todo estaba ya arreglado.

Llegado a Lemberg fui a pasar la noche al sótano del cuartel de la SS y a la mañana siguiente cargamos los productos y llegado el mediodía fuimos en busca de la hermana de Nirler. Tenía toda la apariencia de una católica, rubios cabellos y una nariz pequeña. Sus ojos sin embargo, denotaban su judaísmo. Viajó con nosotros y aproximadamente a las 9 de la noche llegamos a Kamionky. Nirler la estaba aguardando junto al esposo de su hermana. Me metió 100 marcos en la mano

y en un carro uncido a dos caballos emprendieron los tres viaje hacia su campo. Yo descargué la mercadería en el depósito, guardé el camión y me fui a dormir.

Un día viene a buscarme uno de los SS y me dice que debemos viajar hacia Skolat. Llegados allí nos dirigimos al campo de la ciudad que estaba custodiado por la policía ucraniana. Se unió a nosotros un hombre de la Gestapo y dos judíos prisioneros. Nos dirigimos hasta las afueras del pueblo a un sitio en donde había montones de ropa. A pocos metros de las ropas se encontraban los cuerpos aún calientes de los judíos que habían sido exterminados. Cargamos la ropa en el camión y la llevamos al campo de concentración.

Luego recorrimos todas las casas de los judíos que habían sido muertos para retirar sus restantes enseres. Retirábamos lo que quedaba dado que los vecinos católicos ya se habían ocupado de llevarse las cosas de más valor. En una de esas casas encontramos escondida entre la ropa de cama a una joven de 15 años que nos imploró la salváramos. Salimos a la calle y viendo que no éramos observados la cargamos junto con las ropas y la llevamos al campo. La muchacha quedó ahí y si finalmente logró salvarse es algo que ignoro.

Continuamos el transporte de ropa y objetos durante todo el día. En una de las casas a las que entramos, entró también el alemán y con un palo golpeó el suelo. En cierto sitio sintió ruido a hueco y desprendió una tabla del piso, encontró un sótano del que hizo salir a tiros a dos mujeres, cuatro hombres y dos criaturas que allí se habían escondido. Los policías ucranianos se los llevaron para fusilarlos. Así paso el día en Skolat y por la noche regresamos a Kamionky.

En el mes de junio pasaron por la región un grupo de guerrilleros. Los policías ucranianos al saber de su presencia se escondieron y los judíos salieron y quisieron ir con ellos. Los guerrilleros se dirigían en dirección a Tchartkow. Sin embargo no quisieron que los judíos se plegaran a ellos por cuanto carecían de armas y por lo tanto continuaron su camino y los judíos quedaron donde estaban.

Cuando los guerrilleros pasaron por Skolat dieron muerte a varios miembros de la Gestapo y a muchos policías y liberaron a los judíos del campo de concentración. Muchos de los judíos huyeron, otros vinieron a Kamionky y otros volvieron a ingresar al campo. Todo esto sucedió entre las 2 y las 7 de la mañana. A las 9 llegaron dos camiones cargados con hombres de la Gestapo. Conferenciaron con el oficial de nuestro campo y se dirigieron a Skolat. Ese día los hombres no fueron enviados al trabajo. Los alemanes y los ucranianos corrían de uno a otro lado cual ratas enloquecidas.

Al día siguiente todo volvió a su ritmo habitual.

Desde el momento en que pasaron los guerrilleros pudo advertirse un cambio en los alemanes y en los policías ucranianos. Comenzaron a apurar el trabajo y a intensificar los castigos. Acusaban a los judíos de ser guerrilleros y les aseguraban que iban a matarlos a todos como finalmente fue la trágica realidad.

Esto sucedió el 8 de julio de 1943. Cuando viajaba con el camión hacia Tarnopol distinguí a la vera del camino a varios asesinos de la SS que se paseaban tocados con sus morriones de la muerte y sus negros uniformes. Le pregunté al alemán que iba conmigo que hacía allí la "Rolkomande", así eran llamados, y me contestó que habían venido a Bogdanowka para descansar durante dos días. Cuando por la noche regrese de Tarnopol le conté a Koltz lo que había visto, pero este se rió afirmando que no nos estaban destinados a nosotros los asesinos. No obstante les conté a todos que en el pueblo se encontraba la "Rolkomande".

Al día siguiente volvimos a ir con el alemán a Tarnopol. Fue primero al cuartel de la Gestapo en donde demoré cerca de una hora. Después fuimos a la cervecería en donde cargué 5 barriles con cerveza, en la fábrica de embutidos me entregaron una bolsa llena de productos y en la Gestapo nos dieron un cajón con licores y cigarrillos. Con ese cargamento regresamos y mis sospechas aumentaron ya que nunca habíamos cargado tanta cantidad de licores y de cerveza. Yo intuía que todo eso era para los asesinos, y así fue efectivamente.

Descargué todos los artículos en el depósito tras lo cual el alemán me dijo que nos dirigiríamos al campo N°1, el de la cantera de piedra. Con nosotros vivieron 3 policías ucranianos.

Cuando llegamos al campo el hombre de la SS dio orden de que todos formaran fila. Luego mandó al comandante del campo que me asignara 3 prisioneros para cargar todas las provisiones existentes en el campo, en el camión. Cargamos pan, harina, papas, fiambres, miel, cebada y los cajones con cosas del comandante y de los capataces.

Cuando todo estuvo cargado me dio orden de volver a Kamionky.

Una vez que abandoné el campo los alemanes y los policías ucranianos condujeron los 200 judíos hacia el campo principal. Los que llegaron nos contaron luego que los conducían los policías armados y que al pasar frente a un bosque que estaba sobre el camino comenzaron a correr tratando de internarse en el mismo para escapar. Los guardias abrieron fuego y muchos murieron. Algunos lograron escapar y otros fueron traídos a Kamionky. Los muertos fueron enterrados por los campesinos al día siguiente a un costado del camino.

Cuando traje las cosas del campo N° 1 al depósito se tuvo la impresión de que algo terrible se avecinaba. Yo guardé el camión y me fui a mi sucucho. Cuando llegaron el Dr. Meiblum y los dos ordenanzas, Abe y Jakub, mantuvimos un conciliábulo respecto a lo que nos convenía hacer. Nos pasamos la noche en vela pero no llegamos a ninguna conclusión. Permanecimos en la oscuridad, sin desvestirnos y con el oído atento al menor ruido.

Era evidente que en el campo tampoco se dormía. Cerca de las 4 de la madrugada se escucharon tiros que venían de un costado del campo. Nosotros aguardamos en nuestra habitación. A las 5 llegaron corriendo el comandante Koltz y el jefe de depósito Kenigsberg. Koltz nos contó que al amanecer los asesinos de la "Rolkomande" rodearon el campo y comenzaron a acercarse lentamente. Cuando los judíos advirtieron lo que sucedía cortaron los alambrados de púas y

comenzaron a desbandarse. Los alemanes abrieron fuego de inmediato y muchos cayeron muertos. Solo un puñado logró escapar y los restantes fueron rodeados por los asesinos.

Koltz agregó que no lo querían dejar salir del campo pero que en ese momento llegó un SS y dijo que el oficial lo llamaba, lo que aprovecho para venir adonde nosotros. Kenigsberg que había pasado la noche en lo de un campesino había venido también con el objeto de aconsejarse con nosotros sobre lo que convenía hacer.

El Dr. Meiblum fue en busca de su mujer pero ya no regresó. Abe y Jakub se fueron a cumplir con sus tareas, una muchacha había venido a buscarlos. Kenigsberg, Koltz y yo decidimos escondernos. Cerca del lugar donde dormíamos se alzaba un bosquecillo de tupidos árboles, eran ya cerca de las 7 de la mañana y comenzaba a calentarse el día. Fuimos saliendo de a uno en dirección al bosquecillo. Reinaba el más absoluto silencio y a lo lejos divisamos a los policías ucranianos que patrullaba la zona. Nos habíamos tendido bajo frondosos arbustos de tal manera que podíamos observar sin ser vistos.

Llevábamos así ya casi una hora cuando Koltz propuso que Kenigsberg fuera hasta el depósito, ya que los alemanes habrían de ir por provisiones y él tenía las llaves, y que aprovechara para hacernos saber que estaba sucediendo y, que de ser conveniente que saliéramos, batiera palmas tres veces. Kenigsberg salió del bosquecillo en dirección al depósito y Koltz y yo quedamos aguardando.

Tras una hora de esperar Koltz se dejó llevar por la impaciencia y salió también del bosque. Yo le pedí que me avisara sobre la situación y quedé solo y el sueño no tardó en vencerme. Despierto repentinamente sin tener idea de dónde me encuentro pero rápidamente todo vuelve a la memoria. Me pongo de pie, ya son las 10 y media, y observo a mi alrededor. Nada se ve y nada se escucha por lo que decido salir del bosquecillo.

Así como salgo y tal como si hubiera surgido de la nada, aparecen dos policías ucranianos que me apuntan con sus armas ordenándome detenerme y alzar los brazos. Obedezco, y mientras uno me mantenía cubierto con su fusil el otro procedió a palparme para ver si llevaba algo encima pero no encontró nada. Entonces el primero me ordenó que lo siguiera y el otro marchaba detrás tapándome la retirada.

Les pregunté adónde me llevaban y uno de ellos me contestó que al campo. El otro agregó de inmediato que de allí iba a ir derecho al más allá. Les digo que el oficial Reibl me había ordenado presentarme ante él a esa hora pero me contestaron que ya se las va a arreglar sin mí. Me introdujeron en el campo y me sentaron junto a los demás judíos. Todos allí me conocían y me miraban asombrados sin comprender por qué me había dejado capturar. Les pregunto en que soy yo mejor que ellos y se conmueven de mi suerte.

Los prisioneros me cuentan que 20 jóvenes fueron seleccionados para cavar fosas en el campo de la muerte y que a los costados del lugar de formación han sido dispuestas mesas surtidas con pan, fiambres, licores, quesos y cigarrillos y que

los asesinos engullen y beben cerveza de los barriles. También me dicen que a cada rato se acerca uno de los asesinos y riendo elige a una muchacha y le dice que si quiere salvar la vida tiene que acceder a sus deseos. Algunas creyeron en lo que se les decía y entonces fueron vejadas y luego devueltas entre risas y burlas al grupo de judíos que allí aguardaba.

Éramos cerca de dos mil judíos provenientes de Kamionky, de Podwolotchisk y de Skolat. Yo estaba sentado en uno de los extremos, cerca de la puerta por la cual me habían traído al campo y estando así sentado veo que se acerca el oficial seguido de dos hombres de la SS. Se van aproximando lentamente al grupo de judíos sentados en el suelo y noto que están buscando a alguien. Cuando el oficial me ve se aproxima y me pregunta que es lo que estoy haciendo allí. Me pongo de pie y le digo que los policías ucranianos me han traído. El oficial se vuelve a los policías que están junto a la puerta y grita-“se han vuelto locos estos perros malditos, ya mismo te vas a preparar dos automóviles para partir de inmediato”-

Yo salí del campo y el oficial se quedo allí. Me fui hasta la oficina y allí estaban los médicos, el jefe del depósito, el comandante Koltz y el escribiente Ehre. Tome las llaves, me dirigí al garaje y comencé a ocuparme de los vehículos.

A las 2 de la tarde comenzó la masacre. Los judíos debían desnudarse, luego ir hasta los fosos y allí eran baleados. El procedimiento continuó hasta las 7 de la tarde. Luego se me aproxima Meller y me ordeno que entrara con el rodado al campo junto con el jefe del depósito. Fuimos y cargamos todas las provisiones que quedaban en el depósito y en la cocina. Había allí otros 3 judíos: el jefe de cocina y otros 2 que eran de Podwolotchisk.

Los asesinos se nos aproximaron riendo y uno de ellos dijo en ruso que había que terminar también con nosotros. Yo me metí en el coche y se me aproximó el jefe de los asesinos, quien me pregunto si yo era judío. Le conteste que sí y le pregunte a mi vez porque cometían semejantes atrocidades. Me contesto que si hoy no me mataba él a mí, mañana habría de matarlo yo a él. Se acercó luego el hombre de la SS y dijo que el regresaría solo con el auto y que yo me quedara. Le pido que me lleve hasta la oficina y me replica que enseguida vuelve y me deja en el campo.

Yo no sabía si me había dejado para que yo no viera adonde llevaba las provisiones o si me había dejado para que me mataran. Me inclino a creer lo segundo pero no sucedió. Estuvimos allí hasta las 9 de la noche y a esa hora un SS y dos policías ucranianos vinieron a buscarnos y nos llevaron a la oficina y de allí me fui a dormir.

Al día siguiente a las 8 de la mañana, entré nuevamente al campo para cargar toda la ropa y llevarla al campo de Tarnopol. Cuando regrese vi al oficial junto con varios policías y ante el al padre y a la hermana del Dr. Raichenbach. El oficial dio la orden de que los maten. Se los llevaron al campo y los fusilaron.

Fui luego con el camión al puesto de servicio en donde cargue dos grandes baúles traídos especialmente y seis valijas todas repletas. Al camión subieron el comandante Koltz, el zapatero y el sastre que trabajaban para los SS y el ordenanza Abe con su mujer y partimos rumbo a Tarnopol. El jefe del depósito, el Dr. Meiblum y su esposa y el Dr. Raichenbach como

así también el ordenanza Jakub y el escribiente Ehre se escondieron entre los campesinos y por esa razón el oficial ordeno matar al padre y a la hermana de Raichenbach.

Llegamos a Tarnopol al anochecer. El oficial con su amante y otros dos miembros de la SS viajaban con el coche de pasajeros y yo iba detrás con el camión. Pernoctamos en Tarnopol y por la mañana el oficial nos dijo que íbamos a Lemberg pero quien quisiera quedarse en Tarnopol, a excepción mía, podía hacerlo. Ninguno quiso ir a Lemberg y todos ellos perecieron en Tarnopol. Yo no tuve más remedio que viajar aunque no lo deseaba pues quería quedarme con ellos.

Al anochecer llegamos a Lemberg y así termino la trágica historia de los judíos del campo de Kamionky. Escribo este testimonio en homenaje a la memoria de ellos, que cayeron por su pueblo.

El Dr. Raichenbach quedó con vida y se encuentra actualmente en Haifa. Aquí en Buenos Aires, vive uno que llevaba agua a la cocina del campo.

Llegamos a Lemberg a las 6 de la tarde y nos dirigimos al campo de prisioneros de la ciudad en la calle Yanovsky. Nos recibió el teniente Wartzog, quien fuera anteriormente jefe de campo de Zlotchow y que ahora detentaba el mismo cargo en Lemberg. A mí me ordeno guardar el camión en el garaje y él se puso a conversar muy contento con el oficial Reibel.

Cuando guarde el camión se me acercaron varios choferes quienes, hablando en polaco, me preguntaron de donde venia y me formularon otros interrogantes. Les dije que me hablaran en idish y me miraron asombrados diciendo que yo no tenía aspecto de judío. Les conté como fue liquidado nuestro campo y otros que vi por el camino. En eso llega el chofer de Wartzog, a quien yo conocía de Zlotchow, nos abrazamos y le cuento lo que sucedió. El chofer me pregunta si me quedo en Lemberg y le manifiesto que no tengo idea de cuál ha de ser mi destino.

El chofer de Wartzog me invitó para que durmiera en su pieza y en ese momento se acerca el oficial Reibel y me llama. Me aproximo adónde este se encontraba conversando con Wartzog. El oficial Wartzog me echa una mirada y me dice que yo me quedo con el camión en el campo y que por la mañana me presente en la oficina munido de una fotografía para que se me extienda un permiso para circular. Reibel se ríe y le dice a Wartzog que me trate bien. A mí me dice que por la mañana vendrá a indicarme donde debo dejar los baúles y valijas que se encuentran cargados sobre el camión.

Regresé al garaje con los choferes y ellos a su vez me contaron lo que allí sucedía: los cruentos castigos, las matanzas y la incineración de los cadáveres. Luego el chofer de Wartzog, Natzek era su nombre, me llevó a su pieza- un frío temor me asaltó cuando cruzamos el campo y pude observarlo a lo largo y a lo ancho. Natzek me condujo hasta una construcción de un piso en cuyo sótano penetramos. Había allí varias piezas de 3 x 3 metros cada una. Entramos a la que le correspondía. En ella había una cama de hierro, una mesita y un banco. Me dio de comer y conversamos aún durante unas dos horas. Finalmente me improvisé una cama en el piso y nos fuimos a dormir.

Por la mañana nos dirigimos con Natzek al garaje. Los choferes de los otros coches ya estaban allí. Natzek tomó el coche del oficial Wartzog y partió y yo me quedé departiendo con los otros choferes. A las 9 vino el oficial Reibel y partí con su bagaje rumbo a la estación del ferrocarril de Lemberg en donde éste consignó su equipaje con destino a Alemania.

Cuando volví al campo el jefe del garaje, un SS llamado Bitner, me llevó a la oficina en donde me extendieron un permiso para conducir el camión en todo el ámbito de la ciudad de Lemberg. Cuando volví al garaje comencé a ubicarme sobre donde me encontraba. En el campo había 4.000 hombres y 2.000 mujeres. A ambos lados del primer portón había celdas para los judíos que eran apresados en la ciudad y para aquellos del campo que eran condenados a morir. A unos 10 metros a la derecha de la entrada se encontraba la oficina y la guardia de la SS y de la policía ucraniana. Entrando a la izquierda, a unos 50 metros, se alzaba el garaje y detrás de este el taller de cerrajería y mecánica. Venía después una edificación de un piso en la cual funcionaban la sastrería y la zapatería.

En dirección opuesta al garaje y a unos 50 metros estaba el otro portón del campo. A la izquierda del mismo se alzaban las barracas de madera y de construcción en las que se dormía. Entrando al campo y frente al portón estaba la cocina y unos 20 metros detrás de la misma se alzaban las letrinas. Allí había también varios peluqueros que afeitaban y cortaban el cabello.

El campo se encontraba circundado a partir del primer portón por un muro rematado por varias hiladas de alambre de púa. Cada 100 metros se alzaba una caseta de guardia custodiadas por policías ucranianos armados con ametralladoras. Por la noche el perímetro era iluminado por reflectores. A ambos lados del segundo portón se alzaban también muros con alambre de púa.

Cuando se salía para el trabajo los hombres de la SS vigilaban la entrada y una orquesta de 40 componentes, con su pertinente director, interpretaba marchas militares. Había que marchar desfilando con paso marcial y quien no lograba mantenerlo era sacado de la fila y arrojado contra los alambres de púa. Una vez que la última columna había salido se sacaba a los judíos que habían quedado enredados en los alambres y se los llevaba a las celdas que se encontraban a la derecha del primer portón. De allí eran conducidos a Zagrobeli para ser fusilados.

Zagrobeli era un cementerio que se encontraba detrás del campo. Allí un grupo de judíos trabajaba constantemente en la excavación de fosas y en sepultar los cadáveres. Se los denominaba la brigada de la muerte. Los integrantes de esta brigada no volvían al campo. Se había levantado para ellos una barraca allí mismo y la comida se les enviaba desde el campo.

Cuando llegué al campo se estaban ocupando en desenterrar a los muertos para quemarlos. Durante toda una semana pudo verse el humo y sentirse el olor de la carne chamuscada.

Durante una semana dormí en la pieza de Natzek y pude apreciar que los que allí vivían tenían mucho dinero. Todas las noches se realizaban reuniones, se tomaban grandes cantidades de licor e incluso traían a uno para que tocara la armónica y a varios otros para que cantaran. La gente trataba de distraerse y de olvidarse de todo.

Había allí varias construcciones en las que vivían los capataces de los distintos talleres: sastrería, zapatería, lavandería, cerrajería, jardinería, hombres y mujeres que trabajaban en la oficina, policía judía y otros. Las edificaciones se encontraban rodeadas por alambradas de púa, como un campo dentro del campo.

Transcurrida una semana me llamó el oficial Wartzog y me dijo que había convivido demasiado tiempo entre la gente de calidad y que a partir de ese momento iría a dormir con los choferes a la barraca que les correspondía.

De los que trabajaban en el garaje recuerdo los nombres de León Landau, el capataz, vivía en el sótano y tenía mujer y dos hijos; Moische Spilka , mecánico de autos; Lerner Bandowich, electricista de autos a quien llamaban el medio judío porque era converso. Lamentablemente no recuerdo el nombre de los restantes.

Detrás del garaje y de los talleres estaba el campo de mujeres, rodeado también con alambres de púa. Más allá del campo de mujeres y detrás de los talleres de zapatería y sastrería estaban las caballerizas donde había unos 20 caballos y varios carruajes. También estaban allí los caballos de los oficiales. Wartzog tenía un caballo pequeño y gordo que respondía a su propia apariencia ya que era bajo y barrigón como un barril.

Detrás de los establos venían unos terrenos que se utilizaban como sembradíos. Allí se plantaban papas, zanahorias, tomates, cebollas y otras verduras.

La primera noche que dormí en la barraca de los choferes advertí que no todos dormían allí. Me explicaron que dormían en el garaje porque el calor reinante en la barraca les era insoportable.

Transcurridas dos noches también yo opté por dormir en el garaje ya que era mucho menos caluroso.

El trabajo en el garaje consistía en viajar a la ciudad en compañía de un hombre de la SS y dos judíos y cargar variados abrigos de piel de mujer, vestimentas de hombres y mujeres, ropa de cama, etc. Todo lo cual llevábamos a la estación del ferrocarril y allí lo cargábamos sobre vagones que eran despachados a Alemania. Así transcurrieron varios meses.

De vez en cuando traíamos provisiones para el campo como ser papas, carbón, remolachas y otras verduras. En algunas oportunidades en que regresábamos temprano improvisábamos en el garaje una ducha rodeada de tablonés y allí nos bañábamos.

Los judíos del campo siempre nos pedían que les compráramos en la ciudad pan, fiambre, cigarrillos y otros artículos. Nos daban para ello dinero. En una oportunidad uno me pidió que le comprara pan y manteca y como regresé pasadas ya las 8 de la noche le llevé su pedido a la barraca y ya me quedé a dormir allí. A medianoche escucho ruidos y me despierto. Veo

a algunos de los choferes que dormían en el garaje quejándose y sosteniéndose el trasero y los costados. Sucedió que a medianoche el oficial Wartzog en compañía de algunos SS irrumpió en el garaje e hizo salir de allí a todos los choferes, los que fueron conducidos a la caseta de guardia, en donde a cada uno se le propinaron 50 latigazos en el trasero. Pasé la noche aplicando compresas de agua sobre sus heridas. Desde entonces nadie más durmió en el garaje.

A las 6 de la mañana formábamos por grupos en el medio del campo para ir hacia el trabajo. Los hombres de la SS esperaban junto al portón donde estaba la orquesta a los grupos que les tocaba vigilar.

El grupo más numeroso consistía en unas 2.000 personas entre hombres y mujeres que trabajaban en la firma D.A.V. (Deutsche Ausrichtung Werke) una fábrica donde se confeccionaban uniformes, pantalones y zapatos para el ejército. La fábrica estaba también rodeada de alambres de púa y su entrada era directa desde el campo, es decir que no había que ir por calle alguna.

Al ir y venir del trabajo los SS recibían el informe de los capataces. Siempre había muchos hombres de la SS y entre ellos se destacaba uno de nombre Han o Haine, a quien le faltaba una mano y que llevaba siempre un enorme perro de policía. Cuando los grupos de trabajadores regresaban solía observar desde lejos y si veía que alguno quedaba rezagado azuzaba al perro el cual de inmediato se lanzaba sobre el atrasado y lo mordía hasta que lo obligaba a alcanzar al grupo.

En una oportunidad un judío que caminaba prácticamente doblado se retrasó. El alemán le soltó el perro y éste se abalanzó sobre el judío al que tiró al suelo comenzando a morderlo. Durante diez minutos se prolongó esta situación y el judío no se levanto. Hicieron salir del campo a dos judíos para que lo recogieran.

Algunas semanas después que los cadáveres fueron exhumados e incinerados, la brigada de la muerte fue trasladada a otro punto llamado Litchakow. Del campo se remitía a los individuos a Litchakow para ser fusilados. Era una zona poco habitada y así nadie se enteraba de lo que estaba sucediendo. Todos los días se enviaba comida a los judíos de la brigada y se les daba mucho mejor de comer que en el campo.

En el campo se efectuaron varias selecciones destinadas a elegir a quienes debían de ser fusilados. En la primera de ellas los alemanes se valieron de un subterfugio. Eligieron a 200 personas a las que proveyeron de buena ropa y de calzado y a cada uno le entregaron un pan. Luego un oficial de la SS de nombre Scultze les endilgó un discurso diciéndoles que iban a ser trasladados a otro campo en el cual las condiciones eran mucho mejores que en este. Se los hizo subir a camiones y partieron vigilados por policías ucranianos. Varios judíos saltaron de los camiones al cruzar por la ciudad. Los guardias abrieron fuego sobre ellos y varios cayeron bajo las balas pero algunos lograron escapar. A los restantes, junto con los que habían sido baleados, se los condujo a Litchakow. Al día siguiente trajeron de vuelta al campo las vestimentas y los panes.

Las selecciones posteriores se realizaron normalmente. Había un grupo que se ocupaba en recolectar los muebles y otros objetos de las casas de los judíos que estaban desocupadas por cuanto la ciudad ya había quedado limpia de judíos. Este

grupo cargaba los objetos en carros y eran llevados a depósitos. Ahora, como la tarea de recolección ya había finalizado y no eran más necesarios, se envió a toda la brigada compuesta de 100 hombres a Litchakow para ser fusilados.

Así se efectuaban selecciones cada dos o tres semanas. Una mañana, al salir para el trabajo, se dio orden a las mujeres de quedarse. Pensamos que se aproximaba una selección para ellas. Varios choferes ya habían salido y algunos otros y yo esperábamos a que nos vinieran a buscar. A eso de las 8 escuchamos gritos y alaridos proferidos por las mujeres y luego una nutrida descarga de disparos tras lo cual reino el silencio.

Un cuarto de hora después se me acerco un SS y me ordeno entrar al campo con el camión. Entro y veo en el centro del lugar de formación los cuerpos sin vida de unas diez mujeres. El alemán me ordena acercarme a ellas y llama a otros 3 judíos y nos manda cargar los cuerpos en el camión. Observo que algunas de las mujeres se han suicidado con cianuro; sus cuerpos tienen un tinte azulado. De otras mana la sangre de los orificios dejados por las balas. A unos 50 metros de allí se encontraban las restantes mujeres vigiladas por los SS con los revólveres desenfundados. Cargamos los cuerpos y el alemán ordeno a los otros judíos que se retiraran y a mí me indico que nos dirijamos con el camión a Litchakow. Yo iba amedrentado porque sabía que de allí nadie regresaba con vida. Cuando llegamos a la entrada de Litchakow le dije al alemán que entrara el solo y que yo lo esperaría allí. Asintió y entonces baje del camión. El policía que guardaba la puerta le franqueo la entrada y el alemán siguió viaje. Yo me quede esperándolo. Regreso a los 15 minutos y retome el volante y volvimos hacia el campo. Por el camino nos cruzamos con dos camiones cargados de mujeres que iban rumbo a Litchakow.

En el campo se construían constantemente barracas. Esta tarea estaba a cargo de ucranianos y polacos que se encontraban cumpliendo variadas penas por delitos que habían cometido. A la ciudad no se los enviaban pero estaban ocupados en el campo.

Sobre la calle Yanovsky, a la izquierda del campo, corría un ramal secundario del ferrocarril. Allí se descargaban todos los días ladrillos, tablones, puertas, ventanas y otros materiales que los grupos que volvían del trabajo debían entrar al campo. Ante esta tarea los alemanes y los policías ucranianos pegaban a los judíos y los apuraban y más de una vez sucedió que si alguno se caía bajo un tablón o se rompía un brazo o una pierna era llevado a las celdas contiguas al portón y al día siguiente se lo remitía a Litchakow.

Una vez por semana nos llevaban a los baños que distaban unos 2 kilómetros del campo. Como nuestro grupo de choferes era poco numeroso nos enviaban siempre con algún otro grupo. En dos oportunidades Bitner , jefe de los SS, nos llevó con un camión y nos trajo de regreso. Ropa para cambiarnos nos era entregada en la lavandería. El capataz iba a la lavandería y allí le era entregada la ropa para todos los choferes.

En una ocasión recibí ropa rota y entonces me dirigí a la lavandería para que me la cambiaran. Szlajjer , el capataz de la lavandería, me entrego ropa en canje y al salir me crucé con el jefe de la lavandería, oficial SS Blum. Este me preguntó que

llevaba y le dije que había cambiado ropa rota por otra en buen estado. Me propinó dos bofetadas y desenfundando el revolver aulló que si no desaparecía velozmente de allí dispararía. Me introduje rápidamente en el garaje llorando de indignación.

Una vez fuimos a bañarnos con un grupo de aproximadamente 100 personas. Transcurrieron más de tres horas hasta que todos se hubieran bañado y cuando volvimos nos estaban aguardando varios hombres de la SS para que descargáramos un vagón de tablones. Nos dirigimos en fila hacia el vagón. También se encontraba allí el alemán al que le faltaba una mano. Había llovido y el lugar junto al vagón era un lodazal. Ibamos transportando de a 5 tablones cada dos hombres. Estábamos ya cerca del vagón cuando uno de los hombres que regresaba cargado se resbaló y cayó al suelo. El manco le echó encima el perro y mientras este lo mordía el alemán lo pateaba para luego hundirle con la bota la cabeza en el barro. El hombre quedó inerte y entonces el alemán ordeno a dos judíos que lo entraran al campo. Yo con otro más asimos 5 tablones y entramos al campo.

En el campo, cerca y a la derecha de la cocina, había una gradería en donde los músicos tomaban posición para ensayar bajo la batuta de un director judío, un conocido profesor del conservatorio de Lemberg. La orquesta tocaba todas las mañanas, cuando los hombres iban al trabajo, y todas las tardes, cuando regresaban. También tocaban los domingos y varias veces entre semana, en los palacios que junto al campo se habían edificado para los alemanes y en donde diariamente se realizaban fiestas y reuniones que la orquesta debía amenizar hasta bien entrada la noche.

En los primeros días de noviembre comenzaron a notarse algunas modificaciones en el campo. Se veía a los SS sumamente nerviosos. Algunos policías habían huidos con sus armas. Todos los días eran enviados hombres para ser fusilados. El 8 de noviembre se dicto un bando conforme al cual quedaba prohibido a los choferes judíos el conducir los automóviles. Comenzaron a rondar el campo los integrantes de la "Rolkomade". Los camiones eran conducidos por los SS y nosotros viajábamos como acompañantes y para cargar y descargar los vehículos.

Se intuía que algo terrible estaba por estallar. Los dos últimos días de mi permanencia en el campo los camiones ni siquiera salieron. El ultimo día, un martes, a eso de las 10 de la mañana entra al garaje uno de la SS y acercándose a mi camión pregunta a quien pertenece. Le digo que yo soy el chofer y me replica: "Vamos, en marcha". Se sentó al volante y yo a su lado. Salimos del campo y nos dirigimos al cuartel de la SS. El alemán entro y yo espere durante un cuarto de hora. Volvió el nazi y se dirigió hacia las afueras en donde se detuvo frente a una casa. Penetro en la misma y me dijo que enseguida volvía.

Así como quede solo saque de debajo del asiento una bolsita que contenía mis implementos para afeitarme, baje del vehículo y me fui.

Me interne en una calle lateral y fui caminando por una y otra calle hasta que dejé atrás la ciudad y me encamine por la ruta que iba hacia Zlotchow. No tenía a quien recurrir y seguí caminando hasta que cayó la noche.

Llegue a una aldea y entre a la casa de un campesino a quien pedí que me permitiera pasar allí la noche. Me contesto que debía traerle un permiso extendido por la policía. Recurrí a otro y a un tercero y recibí la misma respuesta. Continué mi camino hasta llegar a un cementerio. Llovía tenuemente y me tendí bajo un árbol, bajo una tumba y me dormí. Era mi primera noche fuera del campo.

El viernes de esa misma semana fueron fusilados todos los prisioneros del campo de Lemberg.

